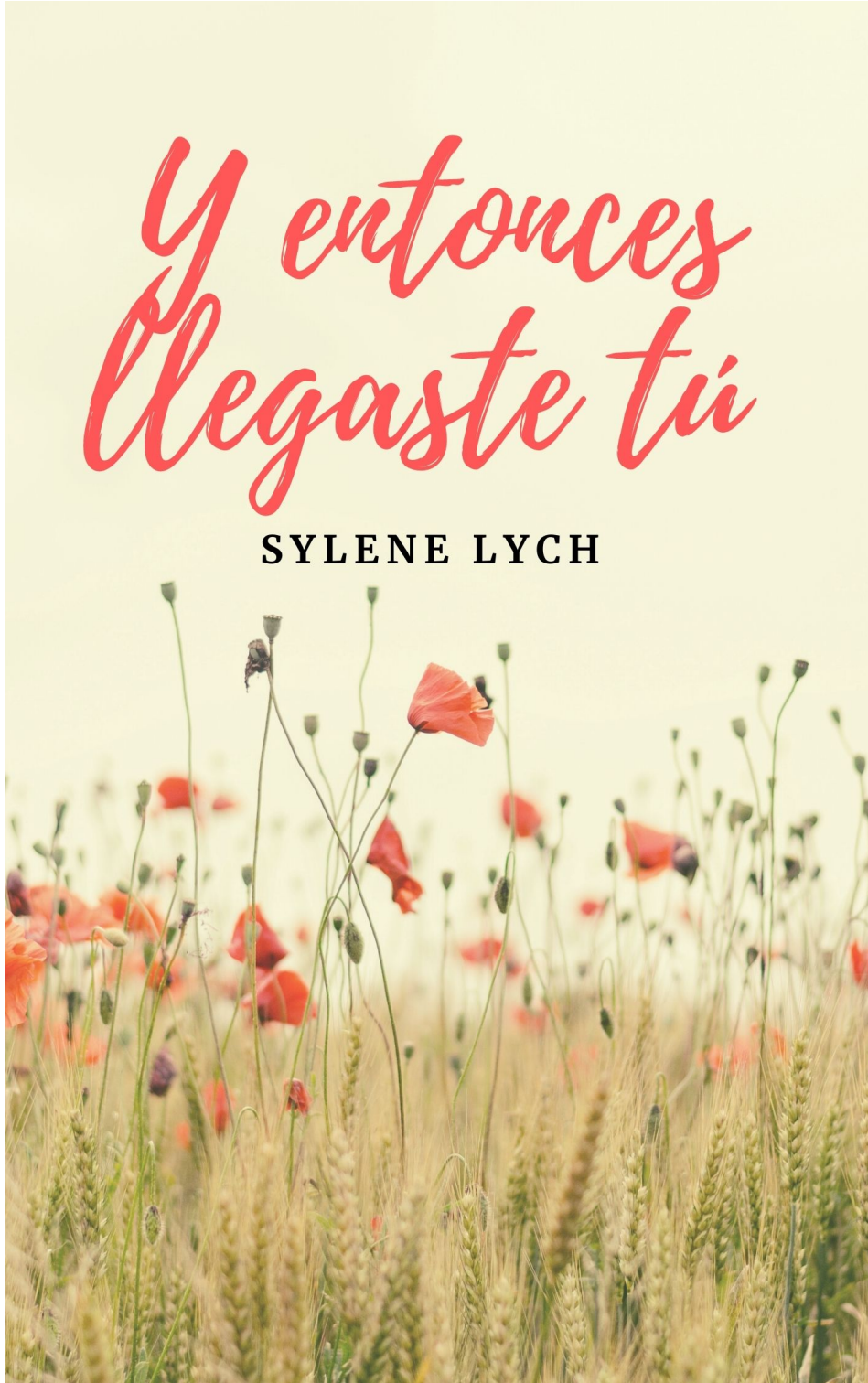


Y entonces llegaste tú

Sylene Lych

Y entonces llegaste tú

SYLENE LYCH



Capítulo 1

Hoy era un día como otro cualquiera para Abigail. Tras un larga guardia, la joven doctora terminaba su intensiva jornada laboral. Apenas faltaban quince minutos para el cambio de turno, cuando su prometido llegó a la planta.

—Pensé que ibas a venir algo antes —Abigail se acercó a su prometido y le dio un beso corto en la boca a modo de saludo—. Antes de que te deje solo aquí todo el fin de semana, he de ponerte al día de como evolucionan los pacientes que tenemos en planta en estos momentos.

Abigail condujo a su prometido a su despacho de jefa de servicio. La mujer había estudiado medicina con unas notas increíbles lo que le había permitido escoger cualquier especialidad y destino al terminar sus estudios. Decidió decantarse por la cirugía aunque no era su primera opción, ya que la había escogido para poder continuar estudiando con su por aquel entonces novio y ahora prometido, lo cierto es que ahora no la cambiaría por ninguna otra porque le apasionaba su trabajo.

—Siento no haber podido llegar antes —contestó el hombre antes de cerrar la puerta del despacho tras él. Una vez que lo hizo, atrajo hacia si a Abigail y la besó apasionadamente—. Preparar una boda es algo tremendamente agotador —sonrió Óscar. En su cara se formaron dos hoyuelos próximos a las comisuras de sus labios. Esos hoyuelos eran adorados por Abigail.

—No te quejes tanto —contestó la mujer intentando zafarse del abrazo de su chico—, solo has tenido que ir a probarte un simple traje. Gracias a Dios que te hice caso y contratamos a una organizadora de eventos. Si no no sé como podríamos tenerlo todo a punto para la fecha con nuestras jornadas laborales maratonianas.

—Si por mi fuera, nos casaríamos mañana en la capilla de Santa Isabel, tú y yo a solas. —Óscar cercó su agarre sobre su prometida, sus bocas únicamente estaban separadas por escasos centímetros de distancia—. A fin de cuentas, ¿qué más necesitamos? Con estar nosotros dos es suficiente. Yo te quiero y no necesito decirlo delante de tanta gente.

—Tonterías —respondió ella tras conseguir separarse de él y salir de su embrujo—. Quiero casarme como Dios manda. —La mujer se sentó en su sillón y sacó varias hojas de informes de uno de los cajones de su escritorio—. El de la 35 A acabó de intervenirle hace dos horas. Se encuentra todavía en reanimación. Lo que parecía una intervención sin complicaciones la verdad es que no lo fue tanto. En principio se encuentra

perfectamente, en caso de que...

—No te preocupes, Abigail —le cortó él—. Sé perfectamente que si empeora, te he de llamar al móvil. Seguramente cualquiera del equipo nos podríamos encargar, pero tú no sabes desconectar del trabajo y mucho menos delegar a tus pacientes. Espero que tras nuestra boda te divorcies del trabajo para casarte conmigo definitivamente

Óscar cogió los informes que tenía Abigail entre sus manos y los retornó al cajón de donde habían salido. El despacho era una estancia amplia. Al lado de la puerta de acceso había un amplio sofá cama que ambos utilizaban para dormir durante sus guardias. Justo delante de la ventana, enfrente de la puerta, se encontraba un imponente escritorio con dos sillas para invitados. En el lado derecho de la estancia había una librería atestada de multitud de libros de contenido médico que Abigail continuamente renovaba con nuevas novedades del campo.

—¿No quieres que te ponga al día de los demás pacientes?

Óscar giró el sillón de su chica para hablarle cara a cara. Puso sus manos en los reposabrazos de la silla en la que se encontraba sentada y descendió su cuerpo para aproximarse al de ella. Ella pudo oler su increíble fragancia cuando le aproximó el cuello para hablarle al oído.

—Tengo un fin de semana largo por delante para estudiarme sus historiales. ¿Sino que iba a hacer durante todo un fin de semana sin estar a tu lado? —Óscar se separó un poco de ella y centró su intensa mirada en los ojos de Abigail, a continuación la besó dulcemente en la frente—. Aprovecha este fin de semana para relajarte y salir con tus amigas, iros a un spa. A Dalia le encanta. Estamos a dos meses de la boda, disfruta tu soltería mientras puedas.

Óscar se separó bruscamente de ella y Abigail rápidamente dejó de sentir el calor de su cuerpo. Cuando su prometido se aproximaba a ella de esa forma le costaba pensar de forma serena, él ejercía en ella una atracción que la dejaba sin aliento. Tras estar unos segundos en silencio se levantó de su silla y lo abrazó.

—¿Crees que un spa es manera de disfrutar lo que queda de mi soltería?

A Abigail le encantaba sentir el tacto de Óscar en su cuerpo. No solía ser una persona que expresara abiertamente sus sentimientos hacia una persona, pero él ejercía en ella una influencia que conseguía desarmar sus escudos y aflorar una Abigail diferente.

—Confío en ti plenamente. Si tu deseo para estos últimos días es salir de

fiesta, hazlo por todo lo alto. Te lo mereces —Óscar le devolvió el abrazo.

—¿Ya sabes el destino de nuestra luna de miel? —Abigail rompió el abrazo y le tocó provocativamente el pecho con su dedo índice y cambió de tema radicalmente.

—No vas a sacarme el destino con zalamerías. Te dije que me encargaría de ello y no sabrás a dónde vamos hasta que no lleguemos al aeropuerto o mejor dicho hasta que no lleguemos al destino.

—¿No vas a darme una pista? —Abigail puso pucheros para intentar ablandarlo.

—Si te doy una pista, se rompería la magia. ¿Tú no eras la que decías que te encantaban las sorpresas? Pues tendrás una que te encantará. No has de preocuparte, el lugar a donde vamos a ir, te cautivará. Decidimos que tú te encargabas de la boda y yo de planificar el viaje. Eso sigue en pie hasta donde yo sé, ¿no?

Abigail dio un beso rápido a su novio en los labios. A pesar de estar agotada, el estar cerca de él le hacía tremendamente feliz. Lo quería con locura y dentro de poco serían marido y mujer, por fin sellarían formalmente su relación. Para ellos no era necesario ese trámite porque ambos se amaban, pero querían festejar con sus familiares y amigos su amor y pasar con ellos un día increíble que quedara grabado en la memoria de todos.

—No sé que sería de mi vida si tú no estuvieras en ella —sentencio la mujer—. Desde que formas parte de mi vida, has sido un pilar fundamental para mi y quiero que siga siéndolo por siempre.

—Mejor dicho, Abi, que sería de nuestras vidas si no estuviéramos juntos. —Le corrigió él—. Te quiero y tú para mí lo eres todo. Mi vida sin ti no sería plena.

Abigail se estaba quitando la bata cuando alguien entró aceleradamente en su despacho sin llamar. La mujer que irrumpió al ver que se encontraba todavía allí la médica jefe, se sobresaltó, parecía que no esperaba su presencia allí a aquellas horas.

—¿A qué se debe esta irrupción con tan malos modales? ¿Nadie le ha enseñado a llamar a la puerta antes de entrar? —le preguntó Abigail enfadada ante la actitud irrespetuosa de la enfermera al entrar de aquella manera en su despacho.

—Discúlpeme. Pensé que ya no se encontraría aquí —respondió ella.

Abigail colgó su bata en el perchero donde descansaba su americana sin apartar su vista de ella. Tras ponerse la otra prenda caminó en dirección a la enfermera encarándola con la mirada.

—Esa no es una contestación a mi pregunta —le recriminó la médico—. ¿Es qué acaso entra habitualmente en mi despacho cuando yo no me encuentro de servicio?

—Cariño, no te enfades ahora que ha terminado tu turno —la intentó tranquilizar Óscar a la vez que intentaba quitar hierro al asunto.

—Esta no son formas de entrar en mi despacho. De hecho nadie debe entrar en mi despacho cuando yo no me encuentro en él.

Abigail no entendía la actitud irrespetuosa de aquella enfermera que hacía unos meses había comenzado a trabajar como personal de refuerzo en su planta. Últimamente habían tenido más cantidad de cirugías en el servicio y habían tenido que tirar de personal externo para cubrir las carencias de personal del equipo habitual. Abigail apenas había coincidido trabajando con ella, pero según le habían comentado algunos compañeros era una enfermera muy resolutiva. A Óscar le gustaba trabajar con ella porque decía que las guardias se le pasaban más amenas.

—Sofía, ¿a qué no volverá a ocurrir? —Óscar le miró fijamente esperando que respondiera la respuesta que todos esperaban para resolver satisfactoriamente la situación.

—No, no volverá a ocurrir —respondió la enfermera a la vez que bajaba su cabeza para ofrecer sus más sinceras disculpas por su descarado comportamiento.

—Eso espero porque la próxima vez que ocurra pondré una queja de usted ante la dirección.

Sofía asintió y abandonó el despacho sin rechistar cerrando la puerta despacio tras ella sin apenas hacer ruido. Por su parte Óscar se acercó a su chica y la besó apasionadamente.

—Si sigues así, no me iré nunca —sonrió Abigail.

—Es una pena que a Tobías le saliera ese viaje a última hora —respondió Óscar.

Tobías era otro de los cirujanos del servicio. El día anterior le había llamado su hija mayor, que estaba haciendo el Erasmus en Italia, ya que iban a operarle de apendicitis. Él decidió, junto a su mujer y su otra hija, viajar de urgencia hasta el país italiano para estar a su lado. Le tocaba trabajar ese fin de semana, pero ante una necesidad todos sus

compañeros se ofrecieron voluntarios a cubrir su hueco en el hospital. El elegido finalmente fue Óscar.

—Hay cosas que no se pueden programar. Ahora he de irme. Tengo muchas cosas que hacer hoy y tú debes comenzar a trabajar. ¡Qué no digan que tu novia te malcría!

Abigail salió finalmente de la planta en la que trabajaba y cogió el ascensor. Un grupo de gente se subió tras ella. A ella le encantaba mirar las escenas que ocurrían en los ascensores. A pesar de que le encantaba su trabajo, era consciente que, en ocasiones, era muy duro dar malas noticias a los familiares de sus pacientes. Nunca se sabía exactamente como iban a reaccionar. Ella misma, en una ocasión, tuvo que llamar a seguridad ante el comportamiento de uno de ellos. Pero allí, en el ascensor, en un lugar donde su responsabilidad se esfumaba, podía ver los sentimientos más hermosos del ser humano. Un marido abrazando tiernamente a su mujer abatida, una chica intentando contener sus emociones a duras penas... Cuando el ascensor se detuvo en la planta baja todo el grupo salió de él incluida ella misma. Encontrarse por aquellos pasillos con un compañero era prácticamente imposible. El personal tenía su propia entrada y el equipo sanitario prefería no usar la del público general. A ella le apasionaba pasar desapercibida, le gustaba caminar en silencio sin miedo a que un compañero le atosigara a preguntas o intentara hacerle la pelota para conseguir algún que otro favor.

Abigail tenía treinta y cinco años. A pensar de su juventud, ya era la jefa del equipo médico de cirugía del hospital Rohan, un hospital privado de gran prestigio nacional. Ella tenía un talento innato, era capaz de ejecutar con maestría las operaciones más arriesgadas y aunque ello le había conllevado previamente a cosechar muchas envidias, tras su llegada al hospital Rohan, todo cambió. El equipo le dio la bienvenida con los brazos abiertos y en pocos años, consiguió escalar exponencialmente en el organigrama de su unidad. Su posición le había dado poder y eso conllevaba que algunos de sus compañeros le pidieran favores que ella no le gustaba otorgar. Evitando la salida del personal, evitaba muchas de esas incursiones.

Abigail salió del hospital y se dirigió a su coche. Una vez en él se alejó del complejo hospitalario.

Óscar y ella vivían en la otra punta de la ciudad en una casa unifamiliar fuera del bullicioso centro de Madrid. Se habían mudado hacía ya tres años. A ella le encantaba su casa y el increíble jardín que tenían. En verano le complacía desayunar allí mientras escuchaba los pájaros cantar en autentica paz y armonía, lejos del estrés y el ruido de la gran urbe. Tras conseguir trabajo en el hospital Rohan, primero ella y más tarde su pareja, habían decidido comprar aquella casa. Los dos tenían un puesto

fijo bien remunerado y si la cosa no cambiaba, estaban muy a gusto tanto en su empleo como en aquella ciudad que tan bien les había acogido.

La mujer llegó al parking de su casa y estacionó. Una vez allí salió de su vehículo y se encaminó al interior de su hogar. Abigail dejó su bolso sobre uno de los sofás de su salón y se sentó en el diván con vistas a la montaña. Cogió el mando que abría la puerta de la terraza y lo accionó. Un viento suave y agradable rozó su cara, cerró los ojos y una sonrisa surcó su rostro. Tras unos breves instantes de paz, simplemente empapándose del silencio, el sueño le alcanzó.

Cuando quiso despertarse, ya eran las doce de la mañana. A pesar de que había dormido algo durante su guardia, el cansancio se había apoderado de ella. Los últimos meses habían sido frenéticos para ella. Tanto los preparativos de la boda como el trabajo le atosigaban, pero siempre conseguía capear la situación y salir airosa. Por la tarde había quedado con la chica que organizaba su boda. Al principio había sido muy reacia a contratar a alguien que se encargara de un evento tan importante para ella, pero tras el anuncio de su ascenso, encargarse ella misma de ello era una tarea de lo más imposible. Ahora, no solo tenía que trabajar su jornada habitual, sino que tenía que coordinar a un equipo, además de encargarse de asistir a los cursos de formación y transmitírselos a sus compañeros. En ocasiones creía que no podía con toda la responsabilidad que llevaba adscrita su puesto, pero en esos momentos aparecía Óscar que le consolaba y le daba la paz y la fuerza que necesitaba.

Ambos se conocían desde siempre. Los dos procedían de la misma zona norte de la provincia de León. De hecho, habían estudiado en el mismo colegio y más tarde en el mismo instituto. A pesar de que se conocían desde pequeños, nunca habían sido amigos, ya que nunca habían coincidido en clase por su diferencia de edad hasta llegar a la universidad donde sus caminos se encontraron de nuevo.

Cuando Abigail llegó a la universidad de Salamanca todo aquel contraste la fascinó. La ciudad le parecía sacada de una serie de televisión o de un libro novelesco de época. Sus padres habían decidido que se quedara en casa de unos primos que tenían allí. Ellos no tenían hijos y las normas que le impusieron fueron duras, a diferencia de sus demás compañeros de universidad. Debía cumplir unos horarios estrictos que le impedían salir de igual manera que el resto de sus amigos. La gente con la que estudiaba

salía por la noche y a ella le estaba prácticamente prohibido por el estricto horario que debía cumplir.

El mismo día que se matriculó, se reencontró con Óscar. Él ayudaba a los novatos a elegir las asignaturas de libre elección. Asesoraba con la elección de las más sencillas para no agobiarse durante el primer año de carrera. Cuando le tocó su turno y lo vio, su corazón dio un vuelco. Había alguien conocido allí, ahora no sé sentiría tan sola en aquella ciudad, había alguien que le recordaba su hogar. Él al verla le sonrió. ¿La habría reconocido o sería un gesto habitual que hacía a todos los alumnos para romper el hielo antes de iniciar la conversación?

—Madre mía, Abigail. ¿Eres tú?

Ella se sorprendió al escuchar su nombre de los labios de él. Parecía que sí la había reconocido.

—Ya ves.

Ella estaba en shock, no sabía que responderle. Óscar se acordaba de ella y ella siempre había creído que había sido invisible para él. Óscar era el chico más popular del instituto. Dos años los separaban, por lo que apenas habían cruzado palabra durante aquella etapa a excepción de pequeñas conversaciones compartiendo asiento de autobús de vuelta a sus casas.

—Pensé que irías a Madrid a estudiar. Siempre soñaste con ir a la capital. ¿Cómo es que terminaste aquí?

Ella nunca le había hablado de sus sueños, o al menos no lo recordaba en aquellos momentos.

—Sí, pero mi padre creyó más conveniente mandarme a una ciudad más pequeña donde me pudiera quedar en casa de algún familiar. En definitiva, tenerme controlada.

—¿Es que no estás en una residencia universitaria? —intentó investigar él.

—No, estoy en casa de unos primos de mi madre. A mi padre le pareció la mejor opción para que no me descarrilara durante el primer año de carrera.

—Bueno —Óscar se apoyó en la mesa y se acercó a ella para susurrarle—, si aceptas mi humilde opinión, estás mucho mejor allí, así te librarás de las novatadas. Cada año son más horribles, incluso algunas llegan a ser

humillantes.

Ambos sonrieron.

—Ya pero así hacer grupo será más complicado —respondió ella.

—Si quieres, yo puedo ayudarte en eso —le sonrió el joven—. Así lloraremos juntos la distancia que nos separa de nuestra casa. Tengo un grupo muy majo que seguro que te acogerá con los brazos abiertos. ¿Qué me dices?

—Si me haces ese favor te lo agradecería un montón.

—Por supuesto. A fin de cuentas ese es mi trabajo aquí, ayudar a los novatos en todas las cuestiones y problemas que les surjan con la universidad.

—¿Has invitado a todos con los que has hablado antes que a mi a tu grupo?

Óscar sonrió antes de contestar.

—A ellos no les conocía de antes. De ti al menos conocía ya tu nombre.

Capítulo 2

El reloj inteligente de César comenzó a vibrar en su muñeca, esto causó que el hombre saliera del profundo sueño en el que se encontraba. Tras un momento de aletargamiento, miró quién le llamaba y al ver que se trataba de su buen amigo Rodrigo, decidió responder la videollamada a pesar de encontrarse todavía en la cama.

—Buenos días, petit prince —le saludó su amigo nada más ver que le acaba de despertar con su llamada.

—Déjate de bromitas —le respondió César mientras se tocaba los lagrimales de sus ojos en busca de legañas.

—Parece que no tienes muy buen humor tras despertarte.

—¿Quieres algo o solo me has llamado para tocarme las narices?

—Madre mía, vaya humor que tiene el principito por la mañana.

—Si sigues así, te colgaré.

César iba a proceder a cortar la videollamada cuando su amigo le cortó.

—Espera, espera. ¿Qué tal con la chica de anoche?

—¿En serio? Es sábado y me acabo de levantar, no estoy para interrogatorios.

César se levantó de su cama y se dirigió a abrir las cortinas de su habitación. La estancia en la que se encontraba era una habitación tipo suit cuyo gran ventanal daba acceso a una terraza de grandes dimensiones.

—Ayer desapareciste de la fiesta con una rubia imponente sin decir ni pío. ¡Venga, figura! Al menos cuenta cómo te fue la noche.

—Pues ciertamente, no voy a mentirte, bastante insulsa. Nada destacable a reseñar. Simplemente será un número más que engrosará mi larga lista de conquistas. Fin de la historia.

—Pero si la chica era guapísima. No me creo que la noche fuera tan insustancial como quieres hacerme creer.

—Sí, la chica era muy guapa, un pivonazo, pero en la cama simple.

En ese momento César escuchó un ruido en su casa, se dirigió a la puerta de su habitación, la abrió y espero a que un nuevo sonido le ayudara a descifrar donde andaba el intruso. Por los sonidos que escuchó a continuación, el intruso se encontraba trabajando en la cocina.

—¿Qué narices te pasa? Cuéntame la batallita, siempre lo haces. ¿Hoy vas a dejarme en ascuas?

—En otro momento. La rubia debe estar haciéndome el desayuno y yo debo deshacerme de ella con el menor drama posible.

—Antes de que cortes —agregó Rodrigo—. ¿Te acuerdas de aquel favor que me debías? Hoy ha llegado el momento de que lo saldes. En media hora, más o menos paso a buscarte. Haz una maleta para cuatro o cinco días. Voy a buscar ahora a Carla y a continuación nos dirigimos a tu casa.

—¿Para que quiero hacer una maleta?

—Porque te vienes a pasar unos días con Carla, Veronica y conmigo a León.

—Ni de coña voy con Veronica a ningún sitio. No pases a buscarme porque no voy a ir a ningún lado con vosotros si va esa tía también.

—Me lo debes. Adiós.

Antes de que a César le diera tiempo a rebatir a su amigo este ya había colgado la comunicación. Lo cierto es que le debía muchos favores a Rodrigo y si este le pedía que les acompañara estando esa mujer presente en el grupo, sería por algún motivo que tendría que descubrir durante el viaje.

Rodrigo y César eran amigos desde hacía unos cinco años tras conocerse durante el casting de una película. Procedían de mundos distintos. Mientras Rodrigo malvivía en Madrid en busca de su sueño de convertirse en actor, César únicamente había tomado la decisión de acudir a aquel casting para revelarse y contradecir a sus padres sobre el futuro que habían orquestado para él.

El padre de César era el presidente y mayor accionista del banco más importante del panorama nacional y sus padres querían que él fuera el sucesor que controlara el banco cuando su padre decidiera cederle el testigo. Para ello, César había estudiado en las mejores universidades, pero él no era feliz con esa profesión y se negaba a sacrificar su vida en semejante destino. Tras terminar la carrera universitaria y varios masters universitarios, comenzó a trabajar en el banco desde abajo y escalando poco a poco en el organigrama del banco. Allí corroboró sus sospechas, aquel trabajo no le gustaba en absoluto y se negaba a pasar el resto de su

vida gestionando aquel conglomerado financiero. César quería vivir una vida plena y sabía que dedicando su vida al banco familiar no lo conseguiría, así que decidió comunicar su decisión a sus padres. Al principio sus padres se negaron en rotundo. Él era su único heredero y su responsabilidad era continuar con el legado familiar, pero César seguía insistiendo en su parecer y al final el padre tomó una decisión. «Hagamos un trato. Elige una profesión, la que quieras y si no consigues ascender en ella, sino consigues ser autosuficiente, entonces la abandonarás y te encargarás del banco». César aceptó sin dudar el trato que le ofrecía su padre y les comunicó que quería ser actor. Los padres de este al conocer su decisión vieron más cerca que nunca que su hijo finalmente se haría cargo del banco familiar como ellos deseaban. Solo necesitaban ser pacientes para conseguir su propósito, era cuestión de tiempo que su hijo volviera a trabajar en la entidad financiera familiar. Pero estos padres nunca pudieron imaginar que su hijo se convertiría en uno de los actores mejor pagados y más codiciados del panorama nacional, alejándolo, si cabe aún más, de sus deseos.

Rodrigo, por su parte, se había convertido en un actor especialista de escenas de riesgo muy reputado. En más de una ocasión había hecho las escenas de riesgo de su amigo al tener, ambos, una complexión similar.

César tras tomar un ducha, se vistió y hizo una maleta con ropa para cinco días como le había indicado su amigo. A continuación, descendió las escaleras de su duplex y se dirigió a su cocina donde su ligue de la noche anterior se encontraba preparando un increíble desayuno. Él se aproximó al umbral de la puerta y se quedó observando en silencio la escena que tenía lugar allí. La mujer, al cabo de unos segundos, fue consciente de que alguien le estaba observando. Se giró y al verlo, una radiante sonrisa surcó su rostro. La mujer se dirigió al hombre y lo abrazó pero él se comportó de una manera fría y distante.

—He preparado el desayuno. Como no sabía exactamente que era lo que te gustaba he hecho algo variado.

—Disculpa por las palabras que te voy a decir ahora, pero creo que ayer debí de mandarte unas señales equivocadas.

—¿A qué te refieres, cariño?

La mujer intentó tocarle la cara pero él repelió su tacto.

—Te agradecería que te marcharas. Dentro de quince minutos me voy a ir y para entonces tú ya no deberías estar aquí.

César le hablaba de una manera muy seria, nada que ver a como le había

tratado horas antes cuando ambos se habían acostado.

—¿He hecho algo mal?

La mujer no entendía como el hombre seductor de la noche anterior era el mismo que ahora le hablaba de aquella manera tan fría y distante.

—Extralimitarte —escupió sin preámbulos César—. Lo de anoche simplemente fue un polvo para mí. No sé que te pudo hacer pensar que me gustaría desayunar contigo esta mañana.

César la miraba de forma fría, no le importaba en absoluto que sus palabras hirieran a aquella bella mujer.

—Eres un idiota, César. Ojalá nunca te hubieras cruzado en mi camino.

La mujer se dirigió a una de las sillas de la cocina en busca de su cazadora, se la puso y se dirigió escopetada a la salida de la cocina para abandonar aquel piso.

—Cierra la puerta al salir —le dijo César a modo de despedida.

—Que te den, César —le respondió ella antes de cerrar la puerta de la casa de un fuerte golpe.

Capítulo 3

A las cinco había quedado con la organizadora de eventos que organizaba mi boda. Tenía que llevarle un esquema de la colocación de mesas de los invitados de mi banquete nupcial. Había decidido llevarlo al hospital para terminarlo en los ratos libres que se me presentaran durante la guardia. Pero al mirar el bolso fui consciente de que no estaba allí. Me llevé las manos a la cabeza al darme cuenta de mi olvido, había dejado aquellos papeles en mi despacho del hospital.

Miré mi reloj, eran las cuatro menos cuarto. Si me daba prisa podría ir al hospital, coger esos papeles y llegar a tiempo a la cita. Así que eso decidí hacer. Me cambié rápidamente, cogí mi bolso y corrí en busca de mi coche.

En un santiamén llegué al hospital. En esta ocasión, decidí entrar por la entrada de personal, con ello conseguiría entrar y salir más rápidamente del lugar. No esperé la llegada del ascensor y subí corriendo las escaleras de dos en dos. A pesar de que había tardado poco en llegar, apenas le quedaba tiempo para subir, coger las cosas, bajar y llegar a la cita a tiempo.

—¿Abigail? ¿No acabas de salir de la guardia? —La mujer que me habló se encontraba fumando pero al verme, tiró el cigarrillo al suelo y lo pisó.

En el hospital estaba prohibido fumar, pero muchos trabajadores salían a aquellas escaleras a fumar creyendo que nadie les vería al no ser un lugar muy transitado. Todo el mundo prefería utilizar el ascensor si estaba operativo.

—Aunque intentes esconder el cigarrillo, el humo te delata, Carolina.

Continué la ascensión por las escaleras sin siquiera pararme a la altura de aquella mujer. En otras circunstancias le habría reprendido e incluso hablado con su supervisor, pero en aquellos momentos estaba más preocupada por salir cuanto antes con aquellos esquemas que no tenía tiempo de preocuparme por la si un trabajador fumaba dentro de las instalaciones del hospital.

Finalmente llegué a la sexta planta, abrí la puerta y me dirigí a la sexta impar. Sonreí a los familiares que se reunían en el pasillo sin pararme a parlamentar con ellos. No tenía tiempo para ello así que se encaminé directamente a mi despacho.

—Buenas tardes, Flor, Jesus.

No les dio tiempo a saludarme porque pasé corriendo por el centro de atención de enfermería. Una vez que llegué a mi despacho, abro la puerta y me encuentro con una escena que no me esperaba. Una imagen que ni en mis peores pesadillas me hubiera podido imaginar. En ese momento todo mi mundo se vino abajo, no daba crédito a lo que mis ojos estaban viendo, aquello no podía ser posible, aquello no podía estar pasándome a mí. Sentí que mi mundo se desmoronaba como si de un castillo de naipes se tratara. Mi prometido estaba manteniendo relaciones sexuales, con la enfermera que había irrumpido estrepitosamente en mi despacho unas horas antes, encima de mi escritorio. Al oír el ruido de la puerta, la pareja paró en seco los ejercicios que estaba ejecutando. Me quedé petrificada al ver la escena que tenía lugar delante de mí. Mi estupor fue tan grande que el bolso que llevaba en la mano cayó al suelo. Óscar al verme se apartó de Sofía y comenzó a vestirse apresuradamente.

Salí corriendo del despacho en dirección a las escaleras. De repente me faltaba el aire, necesitaba salir de aquel lugar cuanto antes. Comencé a bajar las escaleras agarrada a la barandilla. Un remolino de emociones ebullició en mi interior, sentimientos encontrados se enfrentaban dentro de mí, desde la ira hasta la máxima tristeza. Por un momento me gustaría dar la vuelta y encarar a mi prometido, pero al mismo tiempo quería gritar y llorar desconsoladamente. Mi vida había cambiado radicalmente en dos segundos, el tiempo que tardé en abrir esa puerta. Antes de abrir esa puerta mi vida era plena, ahora todo eso había desaparecido de un instante a otro.

Óscar consiguió alcanzarme en las escaleras del segundo piso. Estaba tan absorta en mis pensamientos que ni siquiera me había percatado de que se había aproximado alguien a mí, hasta que sentí el tacto de alguien en mi antebrazo.

—Abigail, espera, por favor. —Óscar me cogió por el brazo y me obligó a frenar la marcha.

Giré sobre mis talones y lo miré con ojos vidriosos. Aquel hombre, al que amaba con todo mi corazón, acababa de destruirme, había dinamitado la mitad de mi vida. El hombre al que más quería me había traicionado de la forma más ruin posible. Se había atrevido a hacerlo en mi propio despacho delante de todo mi equipo médico. Debía ser la comidilla de todas las conversaciones y la idiota de mí, ni se había dado cuenta.

—Suéltame —intenté zafarme en vano de su agarre.

—Lo que viste ahí, no es lo que parece.

—No intentes jugar con mi inteligencia, Óscar. No intentes maquillar lo que acabo de presenciar. Esa escena de ahí arriba —enfaticé señalando el techo—, se llama mantener sexo con una enfermera y no hay diferentes

interpretaciones al respecto. Por como se comportó ella antes en mi despacho, entrando de esa manera, debéis hacerlo desde hace mucho tiempo, ¿o me equivoco?

En ese momento conseguí zafarme del agarre de mi todavía prometido. Su tacto me quemaba, de repente no quería estar cerca de él, así que comencé a descender de nuevo las escaleras bajo su atenta mirada.

—Lo siento —sentenció simplemente Óscar al verme alejarme de él.

En ese momento paré mi descenso y me giré para responderle mirándole a los ojos. Me había hecho daño de la forma más ruin posible, pero aunque estuviera rota por dentro, delante de él actuaría con determinación y gallardía.

—¿Lo sientes? Esto es inaudito. Nos íbamos a casar en dos meses. Óscar, nos íbamos a casar. ¡Qué estúpida he sido! ¿Cómo no me di cuenta de esto antes? ¿Cómo no vi las señales?

Un remolino de emociones comenzaban a nacer en mi interior, tristeza, melancolía y una tremenda furia comenzó a apoderarse de mí. Decidí irme de allí cuanto antes, no soportaba ni siquiera verle, tenía que salir de allí cuanto antes, así que comencé a descender de nuevo las escaleras antes de darle tiempo a responderme.

—Te quiero —gritó Óscar para que le oyera al haber ya bajado medio piso.

Al oír esas palabras me paré en seco, me dolía tanto oírlas, tuve que sujetarme en la barandilla para no perder mi estabilidad. Oí como él aprovechaba esos instantes para descender las escaleras que nos separaban y cuando estuvo a mi misma altura lo encaré de nuevo. Me dolía tanto ver su rostro, me dolía tanto ver aquellos ojos y aquellos labios que hasta hacía apenas unos minutos me moría por besar.

—¿Realmente sabes lo que es querer a alguien, Óscar? Porque con tus actos no me demuestras eso. No te preocupes por mí, puedes continuar el acto donde lo dejaste. Por mí no hay problema. Si la prefieres a ella, por mí perfecto, lo entiendo.

—Ella no significa nada para mí, Abigail. Solo ha sido un desliz. Solo tú estas aquí —cogió mi mano y se la llevó a la zona donde se encontraba su corazón. Noté como latía rápido y con fuerza, diciéndome que estaba en aquellos momentos muy nervioso—, en mi corazón.

En esos momentos imágenes de él follando en mi despacho con otra vinieron a mi mente y de repente su tacto me quemaba, así que rápidamente rompí el contacto con él. No podía creer sus palabras

después de lo que acaba de ver hacía unos instantes. ¿Cómo podía hacerlo? Si realmente estuviera en su corazón, no me habría traicionado del modo en que lo hizo en mi propio despacho. En mi mente aparecía él con los pantalones bajados introduciéndose con fuerza en el interior de Sofia.

—Yo creo que ella sí significa más para ti de lo que intentas decirme. De hecho, ella significa que tú y yo hemos roto y que ya no hay boda. —dije aquellas palabras mirándole directamente a los ojos.

En ese momento rompí el contacto visual con él para centrar mi mirada en el anillo de prometida que descansaba en el dedo anular de mi mano derecha, tras mirarlo unos breves instantes, me lo quité, le cogí su mano y se lo entregué.

—Yo ya no lo necesito y puede que tú le puedas dar un segundo uso.

En ese momento noté una desnudez en mi dedo por la falta de ese anillo y un nudo muy grande se formó en mi corazón por lo que ello significaba. Pero era absurdo seguir llevándolo y cuanto antes diera ese paso, mucho antes podría recomponer mi vida.

—No puedes decirlo en serio. Yo te quiero a ti, solo te amo a ti. Ella no significa nada para mí, no la quiero, no la amo. Yo quiero pasar el resto de mi vida contigo. Yo te elegí a ti Abi, eres el amor de mi vida. Lo nuestro no puede terminar así, en las escaleras de un hospital. Me niego a que esto ocurra de este modo.

—Pues me temo que así será, lo nuestro se termina aquí, en las escaleras de este hospital. Me has traicionado de la forma más ruin posible. Ahora mismo llamaré a la organizadora de la boda para cancelarlo todo, es absurdo que pierda su tiempo con un evento que no va a tener lugar.

Por primera vez en mucho tiempo vi que Óscar se encontraba contrariado. Decidí aprovechar su desconcierto para salir del hospital. Aunque en estos momentos me encontraba con fuerzas para encararlo, no sabía durante cuanto tiempo más dispondría de esa valentía. Dejé a Óscar en aquel escalón de aquella escalera petrificado mirando la mano en la que descansaba el anillo de la que hasta hace apenas unos segundos era su prometida.

—Abigail —me llamó—, debemos hablar el lunes cuando salga de trabajar. Por favor, dame una oportunidad para explicarme.

Pero yo decidí no responderle y continué con mi marcha para abandonar cuanto antes aquellas escaleras. A medida que me alejaba de él, la furia que había nacido en mi comenzaba a disminuir para dar paso, poco a

poco, a la melancolía.

Salí del edificio y me dirigí a mi vehículo. Una vez en él comencé a golpear el volante con furia, necesitaba descargar aquella frustración contra algo. Mi prometido me había estado engañando y a saber desde cuando llevaría haciéndolo. Las lágrimas comenzaron a surcar mi rostro y la tristeza se apoderó de mí. Me sentía estúpida.

Qué caprichosa era la vida, era capaz de dar un giro de ciento ochenta grados en apenas unos segundos. Aquella misma mañana había salido de aquel hospital contenta y ahora me encontraba destrozada dentro de mi coche en su parking. ¿Cómo había sido tan tonta? ¿Cómo no había visto las señales? ¿Cómo no me había dado cuenta de la complicidad que tenían Sofía y Óscar? Me sentía una auténtica estúpida en aquellos momentos.

Tras secarme las lágrimas que inundaban mi rostro, decidí llamar a la mujer que organizaba nuestra boda mientras comenzaba a conducir de regreso a mi casa. Después de lo que acababa de presenciar, la farsa de aquella boda debía zanjarse cuanto antes.

—¿Elisa?

La mujer contestó al segundo tono.

—Abigail, ¿ya has llegado? —contestó la mujer—. Yo estoy a punto de hacerlo, en cinco minutos estoy ahí. Me encuentro muy cerca, te lo prometo.

—No, no. Nada más lejos de la realidad. En realidad te llamaba para suspender la cita.

—¿No te ha dado tiempo a idear las mesas? Puedo ayudarte, si quieres. En realidad mi trabajo es ayudarte en todo lo posible.

—No, no es eso. En realidad...

—No puedo esperar a contártelo. —Elisa me cortó antes de que terminara la frase que iba a comenzar a decirle—. Prefería decírtelo en persona, pero

ya no puedo por la emoción. Al final he conseguido el emplazamiento del palacio Figaredo para tu boda. Me ha costado mucho esfuerzo y horas de negociación pero podrás cumplir tu sueño. Te casarás en un lugar de cuento de hadas, ¿no es genial? Será una boda fantástica y con ese vestido...

Un nudo en mi garganta se formó al oír aquellas palabras. Había conseguido el emplazamiento que siempre había soñado para mi boda. Sabía que era una tarea complicada, pero al parecer lo había conseguido.

—Se suspende la boda —lo dije a bocajarro, no era necesario andar con rodeos—. En definitiva, no hay casamiento.

—¿Cómo dices? Pero si los dos hacéis una pareja increíble. Tienes que estar de broma. Es una broma, ¿verdad?

Por el tono de voz que había utilizado no se creía las palabras que acababa de decirle. Era normal, ella nos había visto a Óscar y a mi siempre super enamorados y super cómplices, era difícil de entender que esa complicidad se rompiera de la noche a la mañana.

—Sé que a estas alturas hay gastos imposibles de cancelar y que tendremos que asumir, no hay ningún problema al respecto. Me iré de la ciudad unos días pero la semana que viene regresaré. Quiero que prepares una factura con todos esos gastos. El viernes de la semana que viene pasaré por tu despacho y saldaré contigo todos los gastos que haya ocasionado nuestro cambio de parecer y tus honorarios, por supuesto.

—Es normal que los días antes de la boda haya nervios. No cancelaré de momento nada. Tómate esta semana fuera de la ciudad para relajarte y pensar.

—Mi cambio de actitud no es por nervios, ni nada por el estilo. No cambiaré de opinión. La cancelación de la boda es definitiva, no hay vuelta de hoja.

—Hablaemos a tu regreso, querida.

La voz de Elisa era dulce, estaba claro que su comportamiento denotaba que se enfrentaba a este tipo de situaciones a menudo en su trabajo.

—El viernes pasaré a saldar nuestra cuenta por tu oficina. Ha sido un placer contar con tu profesionalidad y siento todos los perjuicios que te hayamos podido ocasionar. Siento de todo corazón los esfuerzos que te has tomado organizando nuestra boda.

—Querida, no te disculpes. Si has decidido cortar tan tajantemente este enlace, tus motivos tendrás y si quieres compartirlos conmigo el viernes estaré encantada de escucharte. Relájate querida, el placer también ha sido mío conociéndote. El viernes hablamos, ¿de acuerdo?

Cuando estacioné el coche en el aparcamiento de mi casa grité, grité tan fuerte que me dolió la garganta. Necesitaba liberar la furia y la tristeza que se había acumulado dentro de mí. Aquella mañana había creído que sería un día normal pero me equivocaba en todo, ni por un asomo me habría imaginado terminar el día así. Aquel día había hecho añicos toda la vida que había estado construyendo durante los últimos quince años. Todo se había derrumbado en diez escasos segundos, el tiempo que tardé en abrir la puerta de mi despacho y visionar la escena que tenía lugar dentro de él. Quizás si no hubiera vuelto al hospital a por aquellos estúpidos papeles, mi vida seguiría igual. Quizás, pero la cuestión era que mi vida había dado un giro inesperado.

La cabeza me daba vueltas. En ese momento mi teléfono comenzó a sonar y eso me devolvió a la realidad. Era Óscar, al verlo, rechacé su llamada. Lo que menos necesitaba en aquellos momentos era hablar con él, lo que ahora necesitaba era olvidarlo completamente, sacarlo de mi vida.

Cuando entré en aquel despacho, no solamente me habían roto el corazón, me habían apuñalado en lo más hondo de mi cuerpo. El teléfono no paraba de sonar, rechazaba una llamada, pero enseguida entraba otra, así que decidí apagarlo. Una vez que conseguí recomponerme, salí de mi coche y me encaminé al interior de mi hogar. Los treinta segundos que me llevaron entrar en casa nunca se me hicieron más eternos. Al abrir la puerta un dolor tremendo nació dentro de mí. Un dolor que me inundó de una manera insoportable. No podía mirar a ningún sitio que no me hiciera recordar un momento de Óscar y mío juntos, sonriendo, amándonos, queriéndonos. Pero todo aquello era una mentira, todo había sido una ilusión. No podía quedarme allí todo aquel fin de semana sola así que sin darme cuenta, cogí el teléfono fijo de casa y llamé a mi padre.

—¿Papi? ¿Te importaría si voy a pasar contigo el fin de semana? Solo estaré unos días, no te darás cuenta ni que estoy por allí. —Mi padre estaba muy contento de que fuera a verle—. Gracias, papi. Nos vemos por

la noche.

Tras terminar la llamada comencé a hacer mi maleta. Quería irme de allí cuanto antes. El viaje hasta mi pueblo natal era largo, pero merecía la pena por alejarme de allí cuanto antes. Una vez que había guardado toda la ropa que necesitaba para pasar unos días fuera de casa, cerré la maleta y miré pensativa primero la habitación y después el salón. Había vivido momentos tan bonitos, románticos y alegres en aquellas estancias, pero ahora todos esos recuerdos solo despertaban en mi un dolor insoportable.

En ese preciso instante, miré mi mano derecha, y el dedo anular hasta donde hacía bien poco descansaba mi anillo de pedida. El día que Óscar me había pedido matrimonio había sido el día más feliz de mi vida. Ahora aquel sentimiento solo era un vago recuerdo. ¿Cómo había podido hacerme esto? Mientras acariciaba inconscientemente el dedo anular, un recuerdo con Óscar me pasó por la imaginación y con ello más dolor se agolpó en mi corazón.

En ese momento decidí coger un folio y escribirle una carta. Era más de lo que se merecía, pero cuando llegara a casa, no estaría allí y quería despedirme de él de la mejor manera posible.

Amado Óscar.

«¿En serio, Abigail, vas a utilizar “Amado Óscar”?». Tras descartar ese encabezamiento de carta, arrugué el folio y lo tiré a la basura. Cogió otro y reanudé la escritura.

Óscar,

Cuando leas esta carta me encontraré lejos de aquí. Espero volver en unos días cuando consiga poner en orden mis pensamientos, ahora confusos. No me llames, no me busques porque ahora mismo lo que menos necesito es verte. Me has clavado un puñal por la espada, ¿cómo has podido? Si todo esto no iba contigo, ¿por qué no me lo dijiste en lugar de romperme el corazón de tal modo? Te he querido tanto, en realidad todavía lo sigo haciendo a pesar de que me castigue por ello. Creía que entre nosotros había la suficiente complicidad para contarnos todo. Si ya no me amabas, y querías a otra, podrías habérmelo contado y ahorrarme este bochorno. Nuestra ruptura me hubiera dolido, pero lo habría entendido. Te quiero tanto que mi deseo es que seas feliz.

Me alejo de aquí unos días para coger perspectiva. A mi regreso, deseo que ni tú, ni todas tus cosas sigan por aquí. No quiero que nada en esta casa me siga recordando a ti aunque eso sea difícil.

Por la boda, no has de preocuparte. Ya he llamado a la organizadora y la he suspendido. Es una tontería que sigamos con esa farsa. Utilizaré la cuenta en común para saldar la factura.

Siento muchísimo que lo que había entre nosotros no fuera recíproco. Fui una estúpida al creer que lo nuestro era real. Fue una suerte que me enterara ahora, mejor que después de la boda. Espero que lo tuyo con Sofía sea real, porque me parecería estúpido que destruyeras lo nuestro solo por un calentón.

Abigail.

Capítulo 4

Abigail llegó por fin a Vegacastillo tras pasar la noche en un hotel de camino. La mujer había tomado esa decisión para poder llegar de día a la casa de su padre y no de noche cerrada. Su pueblo natal se encontraba a la falda de una montaña pero, a pesar de ello, una gran explanada se extendía ante sus ojos. Aparcó el coche delante de la casa familiar y antes de entrar, decidió embeberse de la bella panorámica que se encontraba frente a sus ojos. El paisaje era todavía más bonito de lo que recordaba. Respiró profundamente a la vez que cerraba sus ojos. El aire allí era limpio, ni un rastro de contaminación enturbiaba el aroma del lugar, nada que ver con el aire que se respiraba en Madrid.

La primavera comenzaba a resurgir y las flores más madrugadoras comenzaban a brotar. La mujer decidió regresar al coche para abrigarse, a pesar de que el sol ya brillaba, todavía no tenía la suficiente fuerza como para levantar el frío instaurado durante la noche. Una buena helada había caído durante esa noche y se necesitarían todavía un par de horas más de sol para levantar la baja temperatura que todavía a aquellas horas debía de sufrirse. El tiempo en León a estas alturas del calendario seguía siendo gélido. Muchos lugareños dicen que en León solo hay dos estaciones, el verano y el invierno y el primero solo dura tres meses. Pero aquel frío, en lugar de agriar su carácter, despertaba un sentimiento que hacía tiempo que no sentía, nostalgia. Llevaba años sin pisar aquel lugar pero no porque no le gustara, sino porque el trabajo se lo impedía. Las pocas vacaciones que cogía las utilizaba para asistir a congresos o formaciones para ampliar su formación, pero eso sería algo que comenzaría a cambiar. Tenía decidido que a partir de aquel momento, se centraría en vivir más y trabajar menos, debía dar un giro radical a su vida. Su vida hasta la fecha se había centrado en el trabajo y en su pareja y ahora uno de esos pilares había desaparecido, era hora de reorganizar su nueva vida.

Tras unos minutos de ensoñación decidió, por fin, reencontrarse con su padre. Se dirigió a la puerta de la casa y la abrió. Allí todo el mundo tenía las puertas de sus casas abiertas, al contrario que en la ciudad donde la gente era más desconfiada.

—Papi —lo saludó nada más verlo.

—Abigail. —El hombre corrió hacia ella y la abrazó fuertemente—. Estás más guapa que nunca. Esto que veo —señaló el hombre debajo de los ojos de su hija—, ¿son ojeras? ¿Son por trabajo o estrés pre-boda? Organizar una boda como la que tenéis prevista tiene que ser agotador. No entiendo porque habéis decidido hacer algo tan exultante cuando podríais casaros aquí en la iglesia del pueblo, como lo hemos hecho todos en esta familia. Sería una boda igual de bonita y te llevaría mucho menos tiempo prepararla. Incluso Maria y yo podríamos ayudaros a organizarla si

quisierais.

—Estas ojeras no son ni por una cosa ni por la otra, papá. María —Abigail desvió la atención de su progenitor a la mujer que trabajaba en el hotel rural con su padre y que acababa de llegar al salón donde padre y hija se encontraban tras haber abandonar el hall de la entrada—, ¿cómo estás?

El salón donde se encontraban era rústico. Las paredes eran de piedra vista y todos lo muebles era de madera de estilo rústico. En la pared contraria a la que se encontraba la puerta, una gran chimenea estaba encendida. Un fuego crepitante y hogareño calentaba la estancia. Abigail se acercó a sus inmediaciones para recuperar el calor de su cuerpo que había perdido al estar unos breves instantes fuera de su coche contemplando el paisaje. Los techos de la estancia eran de madera con unas bonitas vigas que embellecían aún si cabe más el salón. El padre de Abigail se sentó en un sofá que se encontraba próximo a la chimenea donde se había establecido su hija

—Muy bien. ¡Qué alegría por fin volver a verte por aquí! —respondió la mujer a la vez que se aproximaba a ella—. Hacía años que no te caías por el pueblo. Estás guapísima.

—Gracias. Sí, la verdad es que es imperdonable. Debería haber venido más a menudo, pero eso va a cambiar, lo he decido de camino. De ahora en adelante, vendré a visitaros más a menudo, lo prometo.

—Pero, ¿solo traes esa maleta, hija? —le preguntó su padre al percatarse en ese momento de las dimensiones de la maleta que había traído su hija.

La maleta que había traído era una maleta de cabina. La maleta más socorrida si el viaje va a durar pocos días y no es necesario transportar demasiado equipaje.

—Sí, papá —respondió Abigail a la vez que miraba de soslayo su maleta.

—¡Pero es minúscula!

—Solo estaré un día, hasta el lunes. He de reincorporarme al trabajo el martes. Esta maleta será suficiente.

—¿Y el flamante novio no ha venido contigo? —se interesó el progenitor por su futuro yerno.

—Este fin de semana le toca trabajar. A un médico del equipo le surgió un viaje inesperado en el último momento y tuvo que cambiarle el turno.

Quería venir pero le fue imposible.

—Vaya —se quejó el hombre sin muchas ganas.

Lo cierto es que el futuro yerno y suegro no se llevaban excesivamente bien. El hombre creía que si su hija no venía más a verle era, precisamente, porque a él no le gustaba regresar a su antigua tierra. Desde que habían terminado la carrera y ambos habían encontrado un buen puesto de trabajo en la capital, a Óscar no le hacía mucha gracia visitar su región de origen. Siempre ponía disculpas inverosímiles para no acercarse por la región donde seguía viviendo su madre y el padre de Abigail.

—Papá, me gustaría hablar contigo a solas, sino es problema.

—María es de confianza, Abi —respondió el hombre sin entender porque su trabajadora y persona de confianza no podía escuchar lo que ella tuviera que decirle.

María llevaba trabajando para el padre de Abigail desde que ella tenía uso de razón. La relación que había entre los tres era más de familia que de empleador y trabajador, pero la información que quería transmitirle Abigail a su padre no quería que la conociera a la misma vez que él. No tenía inconveniente en revelársela a ella también, pero en otro momento y en otras circunstancias. Ahora requería solamente la atención y apoyo de su padre y necesitaba para ello intimidad con él.

—Sí, pero hay cosas que prefiero contarte a ti antes de que se entere más gente. Cuando lo haga, se lo contaré a ella también. A fin de cuentas es una noticia que se conocerá muy pronto.

—¿Estás embarazada? —el hombre se puso muy contento con la posible llegada de un nuevo miembro a la familia. Una sonrisa velozmente se instauró en su cara y todo su rostro rápidamente se iluminó.

—No, no estoy embarazada —respondió deprisa Abigail.

La noticia que tenía que revelarle no tenía nada que ver con que un nuevo miembro llegara a la familia. En realidad, ninguna felicidad venía anexionada a la noticia que tenía que revelarle. Había cruzado media península para recibir su apoyo y afecto y en aquellos momentos cada vez se le hacía más duro revelar la información que tenía que transmitirle. Necesitaba soltarlo cuanto antes, o cada vez le costaría más tiempo decírselo.

—No os preocupéis, os dejaré a solas para que habléis tranquilamente. Yo me encargaré de llevar la maleta de Abigail a su habitación. —La mujer se aproximó al lugar donde descansaba la maleta y la cogió—. Ha sido un

placer volver a verte, cielo —agregó mientras le tocaba el brazo de forma reconfortante y le ofrecía su afecto—. Ya nos pondremos al día de las noticias durante el fin de semana. Hasta el lunes tenemos tiempo.

—Por supuesto —le respondió Abigail con una sonrisa tímida surcando su cara.

Abigail, tras la marcha de la mujer, abandono el lugar que ocupaba en las aproximaciones de la chimenea y se dirigió al sofá donde se encontraba sentado su padre. Se sentó a su vera y lo miró a la cara durante unos segundos antes de revelar la noticia que tenía que darle.

—¿Qué es eso tan importante que tienes que contarme, sino es un embarazo? —se interesó de nuevo el hombre.

El hombre escudriñó el rostro de su hija y vislumbró que la noticia que iba a revelar le causaba dolor y pesar. La noticia no parecía que fuera buena. El hombre solamente esperaba que no fuera un problema grave de salud. No sabía como iba a poder gestionar esa situación, ya que la distancia entre ambos, habitualmente, era bastante grande, y si su hija estaba enferma, él quería estar ahí para ella.

Abigail estaba muy nerviosa. Le costaba encontrar las palabras que quería transmitir. Una cosa era saber ella lo que había ocurrido entre Óscar y ella y otra cosa muy distinta era revelarlo a los demás. La mujer miró a los ojos a su padre y este le sonrió animándole a compartir con él la información.

—Óscar y yo hemos roto.

Abigail finalmente decidió revelarlo a boca jarro. Sin preámbulos, sin florituras, fue simplemente al grano.

—¿Cómo dices? —El padre se quedó frío ante la revelación. No comprendía nada—. ¿Cuándo?

—Ayer. La boda se ha suspendido. Ya no tendrás que vestirme con ese traje que te producía urticaria, como tú decías. —Abigail sonrió al recordar a su padre decir aquellas palabras cuando había acudido con él a comprarlo a una tienda—. Al menos algo positivo ha traído todo esto, ¿no? —Abigail sonrió a su padre sin muchas ganas. Sonreía, sí, pero ninguna chispa de alegría surcando sus ojos.

El hombre, de repente, se levantó del sofá como si una descarga eléctrica le hubiera obligado a abandonar el lugar que ocupaba. Se aproximó a la chimenea y echó un nuevo tronco al fuego. Sin mirar a su hija le habló.

—¿Te ha puesto los cuernos? Ese capullo te ha puesto los cuernos, ¿verdad?

Tras terminar la pregunta el hombre miró de nuevo a su hija y se aproximó de nuevo al sofá en el que ella se encontraba sentada.

—¿Cómo lo has sabido? —Abigail se sorprendió al oír aquellas palabras de la boca de su padre.

¿Como podía él sospechar que Óscar le había sido infiel? ¿Sabría algo que ella desconocía?

—Me lo imaginé por tu llamada de ayer. —El hombre se arrodilló delante de su hija y le tocó con su mano derecha la rodilla izquierda de esta—. No te preocupes cariño, no sufras por ello. Le olvidarás, te llevará tiempo, pero ese dolor disminuirá. Antes de que te des cuenta, ese hombre se convertirá en un recuerdo lejano. Hay mucho más peces en el río y tú te mereces un hombre mucho mejor que él.

Ella al escuchar esas palabras no pudo contener por más tiempo las lagrimas que tanto había contenido dentro hasta ese momento. Lloró y gimió como una niña pequeña. De repente el dolor comenzó a brotar desde su interior. Su padre la estrechó paternalmente entre sus brazos y ese calor que recibió por parte de él, la consoló. Poco a poco fue recuperando la compostura.

—Gracias, papá. Gracias por ser tan comprensivo conmigo.

Ambos seguían fundidos en un paternal abrazo. Ninguno de los dos se encontraba con fuerzas para romper aquel contacto.

—¿Por qué?

—Por este abrazo. No sabes cuanto lo necesitaba. No sé que haría en estos momento sin tu apoyo. —Abigail en ese momento rompió el abrazo. Limpió sus lagrimas con el dorso de su mano—. No podía quedarme allí, todo me recordaba a él, necesitaba alejarme de todo aquello.

—Es normal que todo te recuerde a él, habéis compartido mucho durante todos estos años. —El hombre decidió sentarse de nuevo en el sofá al lado de su hija—. ¿Por qué no te quedas unas semanas aquí? Te hará bien. Aquí podrás desconectar, es nuestra especialidad. Seguro que puedes pedirte unos días de descanso. Ahora no creo que estes en condiciones de trabajar al cien por cien.

—No puedo abandonar mi trabajo así como así, papá. No puedo pedirme unos días así de la noche a la mañana. Antes debo trabajar y finiquitar unos asuntos pendientes que tengo en Madrid. —Abigail cogió las manos

de su padre entre las suyas antes de continuar con su discurso—. Pero te prometo que en cuanto termine con esas cosas, vendré aquí a pasar una larga temporada.

—¡Oh, por Dios, Abigail! —El hombre miró con ternura a su hija. No podía creer que antes que su salud emocional, para su hija se encontrara el trabajo—. Llevas dedicando toda tu vida al estudio y estos últimos años al trabajo. Si le pides a tu jefe unos días de descanso no creo que te los deniegue. A fin de cuenta, los días de permiso de casamiento ya no te los tendrá que dar, ¿verdad? —sonrió el hombre intentando quitar hierro al asunto—. Si te soy sincero me has hecho un gran favor, cielo. ¿Te puedo hacer una confesión? —Abigail asintió ante las palabras de su padre—. Odio ponerme trajes y cada vez que lo hago me sale un sarpullido en el cuello que me dura días. María podría ratificártelo si estuviera aquí.

Ambos rieron sin saber muy bien por qué.

—¿Sabes lo que más me duele? —comenzó de nuevo Abigail—. Que no fui capaz de ver las señales. Cuando mis amigas me contaban este tipo de cosas que habían sufrido, yo pensaba, ¿cómo no se dieron cuenta? ¿Cómo no les notaban distantes? Ahora comprendo el motivo, el amor nos ciega hasta tal punto que nos nos deja ver más allá de nuestras narices. Casi toda mi vida la he compartido con él. Llevamos juntos desde mi primer año de universidad y lo que me ha hecho, me duele tan dentro. —Se llevó las manos al corazón para enfatizar sus palabras—. No sé si seré capaz de regresar a mi casa y a mi trabajo. Ahora mismo no quiero verlo, quiero olvidarme de él, pero sé en lo más profundo de mi corazón, que será una tarea difícil de conseguir. Quiero odiarle pero no puedo y eso es lo que más me duele, papá.

—No te voy a engañar cariño, ese dolor seguirá ahí contigo por siempre. Es algo con lo que tendrás que vivir. Con el paso del tiempo podrás comenzar a convivir con él, te lo prometo. Es algo así, como vosotros decís, un dolor crónico que con el paso del tiempo eleva tu umbral de tolerancia. Mira, no te diré lo que tienes que hacer. Aquí siempre tendrás un hombro sobre el que llorar, cielo. Aprovecha estos días y desconecta y el lunes la decisión de volver a Madrid es toda tuya. Ahora he de dejarte, dentro de un rato llegaran unos huéspedes y he de tenerlo todo listo para su llegada. —El hombre se levantó y besó a su hija en la frente y antes de abandonar el salón se dirigió de nuevo a ella—. Me hace muy feliz tenerte de nuevo en casa, cielo.

Tras decir aquella frase abandonó la estancia y la dejó sola para que reflexionara. Abigail centró su atención en el fuego de la chimenea. El baile de llamas que tenía lugar allí la hipnotizaba. Era hermoso ver sus movimientos y sus cambios de forma y color. En esos momentos simplemente tenía la mente en blanco fijando su mirada en aquel espectáculo que tanto le estaba maravillando. Aquello era lo que

necesitaba, necesitaba olvidarse de Óscar, del dolor que le había causado con sus actos, necesitaba recomponerse para enfrentarse nuevamente a la situación que le esperaba en la capital. Simplemente estaría allí un día largo, pero esperaba que fuera suficiente para recuperar algo de fuerzas y enfrentarse a la situación que le esperaba en Madrid a su regreso.

Capítulo 5

Óscar llegó exhausto a la casa que compartía con Abigail tras trabajar un fin de semana de guardia agotador.

—Abigail, ¿estás en casa? —preguntó tras abrir la puerta y dejar las llaves en el cuenco reservado para tal efecto.

La casa se encontraba en completo silencio, circunstancia extraña ya que cuando su prometida se encontraba en casa le gustaba escuchar de hilo de fondo música clásica. El detestaba aquella música, pero cuando él no se encontraba en casa, ella aprovechaba para escuchar Schubert, Chopin o a su pianista favorito Yiruma.

—¿Abigail, cielo? —insistió Óscar.

La casa estaba fría. Todo se encontraba en su sitio. Primero se dirigió al baño, pero en él no se hallaba. A continuación se asomó a la terraza, pero allí tampoco estaba, así que decidió probar suerte en la habitación, sin éxito tampoco. Inspeccionó el armario y toda su ropa se encontraba allí. Se dio por vencido y se tiró sobre la cama.

Llevaba dos días sin dormir. Había intentado hablar durante todo aquel fin de semana con Abigail sin éxito. Tras insistir la primera media hora posterior a la pillada, el teléfono de su prometida dejó de dar señal. Una vez que eso aconteció, siguió insistiendo dejando mensajes en su contestador automático, pero nada hasta el momento había surtido efecto. Abigail no le había devuelto las llamadas, ni le había respondido a ningún mensaje. Había intentado cambiar el turno con alguno de sus compañeros, pero ninguno se encontraba disponible para cubrirle la guardia entera. ¿Dónde se habría metido? Tras unos momentos dando vueltas a su cabeza, decidió ir a la cocina y comer algo. Cuando llegó vio un papel y sobre él el bolígrafo de plata y diamantes que más le gustaba utilizar a su prometida. Óscar se acercó a la mesa dubitativo y con miedo, aquello era una mala señal. El hombre cogió el papel entre sus manos y leyó cada una de las palabras que le había escrito. Se podía vislumbrar el dolor de Abigail, su sufrimiento. No podía culparla, él si se encontrara en su misma situación se encontraría igual. Lo que más le dolía de todo aquello era lo tonto que había sido. ¿Cómo podía pensar que nunca llegaría a enterarse? Había jugado con fuego y al final se había quemado. Tenía que conseguir hablar con ella y convencerla para que le diera una segunda oportunidad. No podía permitirse tirar por la borda una relación de dieciséis años sin luchar. Había sido un estúpido, lo reconocía, pero la amaba y no se había dado cuenta cuanto hasta que temió perderla. Su relación con Sofia comenzó como un tonto inocente, pero se le había ido

de las manos.

El timbre de la casa sonó. Óscar dejó la carta encima de la encimera y se dirigió a la puerta de entrada para abrirla. Cuando lo hizo quedó estupefacto al ver a la persona que le esperaba al otro lado.

—¿Qué narices haces aquí? —le preguntó.

—Pensé que te alegraría volver a verme. —Sofía se apoyó en el marco de la puerta de forma provocativa, tentándolo.—. ¿Es qué no vas a invitarme a pasar? —Óscar se apartó y dejó pasar al interior de su casa a la enfermera—. Tienes una casa increíble.

Sofía tocó delicadamente el cuero del sofá del salón mientras hacía una rueda de reconocimiento del salón maravillándose de la pulcra decoración del lugar.

—¿Qué haces en mi casa? En cualquier momento puede entrar por esa puerta mi prometida —enfaticó señalando la puerta por la que ella misma acaba de entrar—. Cuando eso ocurra no quiero que te encuentre aquí. Eso complicaría aún más si cabe la situación.

Sofía se giró, comenzó a desabrocharse los botones de su gabardina mientras miraba fijamente los ojos de Óscar. La prenda se deslizó por su cuerpo quedando en el suelo, al lado de sus pies. Debajo solo llevaba puesto un conjunto de lencería muy provocativo. A continuación comenzó a caminar lentamente en dirección al hombre. Óscar por su parte se alejaba cada paso que ella se acercaba manteniendo así la distancia entre los dos.

—Vamos, no te hagas ahora el duro, Óscar. Dime que esta no es una de tus fantasías todavía por cumplir, que una mujer sexy llegue a tu casa y se te ponga en bandeja. Dime que no me desees, dime que no te gusta lo que ves.

Sofía lo tentaba jugando con los tirantes de su sujetador intentando provocarle con esa acción. Comenzaron a girar alrededor del sofá.

—Te agradecería que te pusieras esta gabardina de nuevo —Óscar se agachó y recuperó la prenda del suelo tendiéndosela a la mujer.

Sofía se acercó al hombre y lo acorraló contra el sofá, recuperó su prenda y la tiró al suelo de nuevo lejos del lugar en el que se encontraban.

—Dime que no me desees. Dime que ahora mismo no quieres poseerme.

—Abigail puede llegar en cualquier momento y no quiero que nos vuelva a

ver de este modo. Vístete, por favor.

La distancia entre ambos era inexistente. El cuerpo de la mujer se encontraba muy próximo al de él, sus bocas únicamente estaban separadas por escasos milímetros.

—¿Te das cuenta que no me rechazas en ningún momento?

Sofía miró intensamente a Óscar a los ojos y lo besó en la boca, pero él la apartó rápidamente, como si de repente su tacto le quemara.

—Por favor, vete. Lo nuestro nunca debió ocurrir, fue un error. Se terminó.

Sofía se aproximó nuevamente al hombre, le cogió la mano y se la llevó al pecho.

—Me deseas y lo sabes. Puede que ahora te sientas mal por haberle hecho daño con lo nuestro. Pero tú, al igual que yo, sabes que vuestra relación había dejado de tener química. Si lo nuestro ocurrió fue por algo, porque entre vosotros dos ya no existía esta pasión.

La mujer llevó, a continuación, la mano del hombre a su parte íntima inferior. Le hizo tocarle los labios delicadamente por dentro de su ropa interior. La respiración de ambos comenzó a acelerarse y el calor empezó a hacerse presente en la cara de los dos.

—No sé cuánto tiempo durará entre nosotros esta atracción carnal. Puede que unos meses, puede que un año o puede que toda la vida. ¿Estás dispuesto a perderla?

Tras escuchar esas palabras Óscar se desinhibió y la empotró contra la pared mientras la besaba apasionadamente a la vez que hacía más fuerte su posesión sobre su órgano genital. La mujer gimió naturalmente. Le encantaba la posesión que hacía aquel hombre sobre ella, era una sensación adictiva, cada vez la necesitaba más frecuentemente. Óscar le arrancó el sujetador, los pechos de la mujer quedaron libres y deseosos de que aquel hombre los devorara. Sofía notaba como la verga del hombre estaba dura debajo de su ropa. Ella estaba reactiva, necesitaba su cercanía, como un sediento necesita agua, y acercó aún más su cuerpo al de él. Óscar era un imán para ella, él era el polo positivo y ella el negativo, su cercanía solo podía desencadenar su unión.

Óscar tocó los pezones erectos de ella con sus dedos para a continuación pellizcarlos, eso la excitó aún más. El hombre no pudo contenerse y succionó efusivamente con su boca primero uno y luego el otro pezón. Degustar sus pechos le ponía más y más cachondo. Ambos estaban muy excitados, en ese punto la situación solo podía desembocar en un solo

desenlace. Sofía comenzó a desabrochar el cinturón del hombre, una vez que lo libero del pantalón, él la giró posesivamente y la puso mirando contra la pared. Le arrancó las bragas para a continuación abrirle las piernas. Tras chuparse el dedo corazón y humedecer su entrada, sin previo aviso, introdujo todo su miembro duro como una roca de forma certera en la oquedad de la mujer. Ella solo pudo gritar de placer, no esperaba una entrada tan intensa y profunda. La situación en lugar de dolerle, le había excitado aún más. Él tras su grito, que entendió de deseo, comenzó a embestirla una y otra vez fuertemente sin parar el ritmo, ni la intensidad de sus embistes. Aquella situación los calentaba a ambos por igual. Ella intentó retorcerse para tener acceso a sus labios pero él se lo impidió inmovilizándola mejor contra la pared.

—Eres mía, Sofía. Yo te daré lo que quieres. No querías satisfacer mis más íntimas fantasías, pues esta comienza así.

Óscar no disminuyó la profundidad de sus embestidas pero si su periodicidad. Introdujo su miembro aún más adentro y lo dejó enterrado en ella durante un rato mientras guiaba sus manos por el cuerpo desnudo de la mujer hasta que las descansó sobre sus pechos agarrándolos de forma posesiva.

—Ahora sepárate un poco de la pared. Necesito que te apoyes bien en ella.

Óscar utilizó su mano derecha para masajear el pecho izquierdo de la mujer y la mano izquierda la llevó al clítoris de Sofía. Una vez que comprobó que estaba bien apoyada en la pared, salió rápidamente de ella al igual que había entrado. En ese momento, ella tuvo la necesidad de que la llenara de nuevo. La había abandonado de una forma tan inesperada que la dolía. Tenía necesidad de sentirlo dentro de ella de nuevo, de tener su duro miembro en su interior.

—¿Preparada? —le preguntó el hombre antes de proceder con lo que tenía planeado.

Ella asintió sin hablar. Tras recibir esa señal, él la dio una nalgada y tras lo cual la embistió con su verga de nuevo. Sofía gritó de placer al recibir la deseada embestida y él gimió gaturalmente a modo de respuesta por el increíble recibimiento que había tenido. Óscar se encontraba poseído por la situación. Tocaba posesivamente los pechos de la mujer mientras pellizcaba sus pezones. Tras unos minutos más de ejercicio, los dos llegaron al clímax. Las piernas ambos comenzaron a fallar por el agotamiento hasta que ya no aguantaron más y cayeron exhaustos al suelo.

Ambos se miraron el uno al otro, sin hablar. La mujer antes de hablar le

rozó el pómulo tímidamente con su dedo índice.

—Te lo dije, Óscar. Me deseas, pero no quieres admitirlo. Tu amigo es más listo y si lo hace. —Sofía decidió coger con su mano izquierda el miembro viril de él para enfatizar sus palabras—. Lo nuestro es pura atracción sexual y no puedes negarlo.

Óscar apoyó su espalda contra la pared y miró a Sofía a los ojos para responderla.

—Esto debe acabar, Sofia, es un completo error. Yo quiero a Abigail. Nos vamos a casar en dos meses.

—¿Crees que después de lo que vio en el hospital querrá seguir adelante con esa boda? —Sofía no dejó de frotar la verga del hombre para conseguir excitarlo de nuevo.

—Puedo reconquistarla de nuevo, lo sé. Ella me ama tanto como yo a ella. Llevamos mucho tiempo junto. Esto solo será una piedra en el camino, pero no conseguirá destruir nuestra relación, al contrario, la hará más fuerte.

La verga de Óscar volvía a estar erecta y dura, dispuesta para colonizar de nuevo el interior de la mujer que se encontraba deseoso de aquel increíble miembro. Sofía se puso a horcajadas sobre él. Quería volver a sentirlo dentro de ella, lo deseaba y no quería esperar más tiempo para sentirlo de nuevo en su interior.

—No sé porque quieres reconquistarla teniéndome ahora a mi. Soy mucho más juguetona que ella, de eso estoy segura.

Cuando terminó la frase introdujo el pene de Óscar dentro de ella. Él se incorporó como acto reflejo y accedió felizmente al juego. Los dos se movía la compás. El hombre le comenzó a lamer y chupar los pezones. Sofía decidió cambiar de movimiento y comenzó a moverse de forma circular encima de él. Óscar cambió de postura y apoyó su espalda sobre el suelo, aquella mujer lo iba a volver loco. Estaba llegando de nuevo al éxtasis pero aquella mujer quería más de él, no parecía que pudiera conseguir saciarla como ella quería. Óscar comenzó a inundarla con su semen pero ella no cedió en sus movimientos al recibir su esperma, al contrario, comenzó a hacerlos más rápidos y fuertes. Cuando el creyó que se volvería loco de excitación ella gritó de una forma primaria y cayó exhausta sobre él. Juntos habían llegado de nuevo al clímax, a un clímax más arrollador que el anterior y era una sensación increíble que a los dos les hizo sonreír.

Tras horas somnolientos, entrelazados el uno al otro desnudos sobre el suelo del salón, ella lo besó en los labios dulcemente. Sofía estaba exhausta, no solo por haber trabajado todo el fin de semana, sino también por el ejercicio placentero que había hecho con Óscar. Óscar ejercía sobre ella una atracción que nunca antes había sentido con otro hombre. Sabía que tenía pareja pero eso no le impedía desear a aquel hombre. El sexo con él era increíble y conseguía llevarla a un nivel de excitación superior al normal, un nivel al que con otro hombre no había conseguido alcanzar. Él era juguetón, sexy, posesivo, a la par que romántico y entregado. Sabía que debía alejarse de él, pero le atraía tanto que estaba dispuesta a quemarse por él.

—Esto se acabó, Sofía. Esta es la última vez que nos acostamos. No habrá una próxima vez.

Óscar se levantó y comenzó a vestirse rápidamente bajo la atenta mirada de la mujer que no comprendía las palabras del hombre tras haber tenido dos increíbles orgasmos. Era imposible que él no sintiera la misma atracción que sentía ella después de lo que acaba de ocurrir hacia unas horas entre ellos. Ellos eran pura pasión.

—Eso solo lo dices porque estás colmado de éxtasis, pero cuando baje su nivel, volverás a mi interior. Soy como una droga, cuando me pruebas, no puedes dejarme escapar. Al cabo de unos días sentirás mono, cuando lo sufras, no dudes en buscarme. —Sofía se levantó y se vistió solamente con la gabardina. Recogió su sujetador y sus bragas y las puso en las manos de Óscar—. Yo no renegaré de ti llegado el momento. Eres un amante increíble y no renunciaré a ti tan fácilmente. —Sofía se puso de puntillas para susurrarle al oído—. Si quieres volver a estar dentro de mi, tu pago será un conjunto de ropa interior nuevo y extremadamente sexy.

Sofía le mordió el lóbulo y tras besarlo en los labios, se fue. Óscar se quedó mirando como aquella mujer abandonaba su casa y cerraba la puerta tras su paso. Una vez que Sofía se alejó de él se sintió un ser horrible. Había vuelto a caer en la tentación de acostarse con aquella mujer cuando no la quería. Él quería a Abigail y la había vuelto a traicionar y para más inri en su propia casa.

Capítulo 6

Abigail decidió echar una mano en el servicio de comidas en el restaurante de su padre antes de regresar de nuevo a Madrid. A pesar de ser lunes, había mucha gente en el local y sus manos serían útiles para ayudar a sacar adelante el servicio.

Ya de joven había ayudado a su padre en el negocio, tanto en el hotel rural, como en el restaurante que regentaba. Durante los veranos universitarios, trabajó codo a codo con los trabajadores de su padre, como si fuera una de ellos y no la hija del dueño. Utilizaba ese dinero para gastar en sus pequeños caprichos como lo era viajar. Siempre se había considerado una persona responsable, y ser una trabajadora más de su padre durante los veranos la hizo comprender que el dinero no venía del cielo y que para conseguirlo había que trabajar duro. Eso también le había ayudado a confeccionar su carácter y le había servido para llegar tan joven al puesto laboral que ostentaba en aquellos momentos.

A pesar de ser una cirujana reputada, no se le caían los anillos por ponerse el delantal y ayudar a servir las mesas del restaurante como una camarera más. Recibía a los clientes, los acomodaba en las mesas, tomaba comandas y servía los platos que le habían pedido siempre con una sonrisa impresa en su cara.

Abigail siempre se había caracterizado por tener un carácter dulce. Estar a su lado proporcionaba mucha paz a los que le rodeaban y aunque en aquellos momentos lo que menos le apetecía era sonreír, se esforzaba por no exteriorizar el torbellino de emociones que ebullicían en su cabeza. Su prometido le había sido infiel en su propio despacho, a la vista de todo el servicio del hospital a escasos dos meses de su enlace y estaba rota por dentro. Pero que ella lo estuviera pasando mal no implicaba que fuera desagradable o antipática con los demás, así era ella.

Un grupo de cuatro personas entró en el concurrido restaurante. Abigail, al verles llegar se dirigió a ellos y les atendió sonriente. No parecían el tipo de clientes que solían frecuentar el lugar. Eran sofisticados e iban impecablemente vestidos con ropa que parecía muy cara. Eran de ese tipo de personas que al verlas te fijas en ellas porque irradian un aura especial. Las dos mujeres se encontraban un poco retiradas hablando entre ellas mientras miraban de soslayo de vez en cuando al hombre que se encontraba callado observando detalladamente el establecimiento. El hombre en cuestión parecía sacado de una revista de moda. Tenía el pelo corto azabache pero a una largura suficiente para que unos pequeños rizos ensortijados invitaran a que ella sumergiera sus manos en ellos y jugara enredando sus dedos con ellos. Llevaba una camisa blanca un poco entreabierta que permitía vislumbrar unos cincelados pectorales. Abigail contó mentalmente hasta tres y sacó de su cabeza las fantasías que

comenzaban a brotar. Que aquel hombre fuera tan perfecto no podía cegarla, ella estaba trabajando, tenía que ser seria.

Tras comprobar el libro de reservas y mirar el interior del salón para cerciorarse, les informó que solo disponían, en aquellos momento, de una mesa que tendrían que abandonar antes de las tres y media al tenerla reservada para esa hora. El hombre con el que hablaba consultó su reloj y a continuación buscó la aprobación del adonis que les acompañaba. Este tras quitarse las gafas de sol que portaba de una forma que a Abigail le pareció arrebatadora, respondió simplemente asintiendo.

Tras aceptar la propuesta, Abigail les guió hasta la mesa bajo la atenta mirada de algunos de los comensales que se habían percatado de la llegada del refinado grupo. Una vez que les acomodó en la mesa, les hizo entrega a cada uno de las cartas tanto de comida como de bebidas del establecimiento.

Las paredes del restaurante eran de piedra y sus altos techos eran de madera con unas vigas convenientemente colocadas que les daba un aire rústico a la par que señorial. Las paredes estaban bellamente decoradas con artesanía de la zona, tejas bellamente pintadas, arrebatadores cuadros enmarcados en bellos marcos de madera tallada, bonitas muestras de mimbre...

La mesa donde les acomodó era una de las mejores ya que se encontraba al lado de la imponente cristalera con vistas al bello valle en el que se encontraba Vegacastillo. Un arrebatador valle parecía abrirse bajo sus pies. Hayas y robles se entremezclaban conformando un bello paisaje que conseguía embriagarte con nada más verlo. Al fondo, una bella montaña rocosa con forma piramidal conformaba un paisaje del que era difícil no enamorarse. Cada época del año ofrecía un espectáculo visual diferente. En otoño podías ver la amalgama de tonalidades que ofrecían las hojas de las hayas y los robles antes de caerse. En invierno te embelesaba el arrebatador paisaje con nieve que podías vislumbrar. Con la llegada de la primavera volvía el colorido y el resurgir de la vegetación. Durante el verano, con el calor y los días soleados, podías admirar la belleza del bosque en su apogeo.

Tras darles unos breves minutos para que decidieran que deseaban tomar, Abigail regresó a la mesa en busca de la comanda. Los hombres se decantaron por setas de cardo rebozadas y entrecots del Valle del Esla, por su parte las mujeres únicamente ordenaron ensalada César. Para beber pidieron el mejor vino del que dispusieran.

—Oye Abigail, esos a los que estás atendido, ¿no te resultan conocidos?

—Una de las camareras que trabajaba para su padre le interceptó cuando

se dirigía a la bodega.

—No, no me suenan que sean de por aquí. Si fueran de la zona los conoceríamos —respondió ella.

—No me refiero a que sean de aquí, sino a que sean famosos. Se les ve muy distinguidos, ¿no te parece? Además, a mi la cara del guapo me resulta muy familiar, como si le hubiera visto mucho en algún lugar, pero no se dónde.

—¿Te refieres al hombre de la camisa blanca? —intentó cerciorarse Abigail.

—Pues claro. Es guapísimo, ¿no te parece?

La camarera le hablaba mientras miraba descaradamente la mesa que ella atendía. Abigail por su parte decidió no mirar en aquella dirección para intentar disimular.

—No está mal —respondió de forma escueta Abigail.

Estaba claro que Abigail no tenía ganas de continuar con aquella conversación pero su compañera parecía que tenía ganas de todo lo contrario. La camarera era tan descarada que el bello hombre del que hablaban miró en su dirección pero ni siquiera con eso ella desvió la mirada, se quedó mirándolo fijamente, como retándolo.

—Óscar no está nada mal, pero este hombre le da mil vueltas. Yo creo que es actor o modelo. Con semejante cara y cuerpo no podría ser menos. Está para...

Antes de que terminara la frase Abigail le cogió del brazo y la llevó al office para hablar con ella en intimidad.

—¿Qué se supone que estás haciendo? —comenzó a decirle Abigail—. Estamos trabajando, no venimos a flirtear. —La mujer al oír esas palabras bajó su mirada, sabía que su actitud no había sido correcta—. Tienes que controlar esas actitudes cuando estás trabajando. Ahí fuera, cuando sales de fiesta o a ligar, puedes comportarte como quieras, puedes mirar a un hombre de esa manera, pero no mientras estás trabajando.

Abigail la miraba con una mirada dura. No le había gustado aquel comportamiento de Sara que hasta la fecha había sido siempre una trabajadora ejemplar. La belleza de aquel hombre le había cegado y le había hecho perder la compostura. Ella misma había tenido que controlarse para no hacer volar sus instintos más primarios fantaseando con él. Ella había contado mentalmente hasta tres para controlarse, ahora debía ayudar a Sara a recuperar la compostura. No podía mirar a los

clientes de aquel modo por muy sexys que fueran, había que saber controlarse.

—Sí, tienes razón —respondió Sara un tanto cohibida al darse cuenta de lo descarada que había sido.

—Es un hombre guapísimo, de eso no hay duda. Con él todas soñaríamos con satisfacer nuestras fantasías mas eróticas. —Abigail le dio un breve codazo al pronunciar esas palabras para darla a entender que comprendía como se sentía. Sara al escucharlas levantó la mirada y ambas sonrieron—. Pero no creo que sea ningún famoso. Ese tipo de personas no caen por este tipo de sitios. Ahora a volver al trabajo.

Cuando las comandas de la mesa de los sofisticados comensales estuvieron listas, Abigail se las fue llevando a la mesa. Primero los primeros y cuando terminaron estos, los segundos. A pesar de que los platos salían pronto, los comensales se hacían de rogar, conversaban mucho y comían muy despacio. Cuando quedaban escasos diez minutos para las tres y media, decidió informarles de la hora y de que en breves instantes tendrían que abandonar la mesa.

—¿Perdona? —contestó una de las mujeres con un tono de reproche tiñendo su voz—. Vamos a irnos cuando terminemos de comer, faltaría más. Nosotros no tenemos prisa. ¡Qué desfachatez!

—Lo siento, pero han tenido tiempo más que de sobra para terminar sus platos —respondió Abigail con un tono conciliador—. Cuando aceptaron la mesa, sabían que tenían que abandonarla a las tres y media. Lo siento, pero tienen que comprenderlo, están a punto de llegar los comensales que tienen la mesa reservada y debemos comenzar a prepararla para ellos.

—¿Lo sientes? —reanudó la mujer girándose en la silla y mirándola de forma retadora—. Tú no sabes quienes somos, ¿verdad?

Abigail esperó unos segundos para contestarla, sabía que responderla rápidamente podía subir aún más la tensión a la situación.

—Unos clientes que han elegido este restaurante para comer.

Las dos mujeres se miraron y sonrieron; los hombres por su parte estaban serios. Incluso el que llevaba la camisa blanca entreabierto parecía sentirse incómodo con la situación que comenzaba a gestarse.

—Esto es inaudito —prosiguió la mujer que parecía que estaba valentona—. Nos vamos a ir cuando nos apetezca, faltaría más.

Abigail hizo oídos sordos a los comentarios de la mujer y puso la cuenta sobre la mesa. La mujer al ver su acción le cogió del brazo impidiéndole alejarse de la mesa.

—Suélteme —le dijo Abigail intentando zafarse del agarre de la mujer.

—¿Crees que te vamos a pagar sin terminar de comer? Lo llevas claro, bonita.

—Disculpenos, señorita —intervino el hombre que parecía llevar la voz cantante en el grupo—. Disculpe a mi amiga, por favor. Nos iremos ya. No fuimos conscientes de lo rápido que transcurrió el tiempo. —Abigail vio que el hombre ya había puesto el dinero de la cuenta sobre el recipiente que ella había dejado encima de la mesa—. Quédese con la vuelta por los inconvenientes ocasionados. Espero que pueda olvidar este terrible incidente.

—¿Pero vas a pagar? —La mujer estaba fuera de sí, no había cedido su agarre sobre Abigail pero miraba a su amigo que comenzaba a levantarse de la mesa.

—Vámonos —le dijo el hombre de pelo ensortijado a la mujer que todavía agarraba el brazo a Abigail.

La mujer, bajo la dura mirada que le dedicaba aquel hombre, poco a poco cedió su agarre sobre Abigail. Tras ver como sus amigos comenzaban a abandonar la mesa, a ella no le quedó más remedio que imitarlos. El grupo abandonó el salón bajo la atenta mirada de todos los presentes en el restaurante. Pero antes de abandonar el lugar, la mujer que le había cogido del brazo se volvió hacia ella y le tocó con su dedo índice el hombro de forma amenazante.

—No tienes idea de con quien estás tratando, muchachita —escupía las palabras con desprecio y teñidas de amenaza—. Podría hundirte, si me lo propusiera. Tienes suerte de no ser nadie.

Abigail no se intimidó ante las palabras que le estaba dedicado aquella mujer, al contrario, le miraba directamente a los ojos demostrándole que no le tenía ningún miedo. Trataba con gente como ella a diario, la diferencia que normalmente hablaban con la respetada cirujana, no con la camarera. Pero ella era la misma persona, daba igual su trabajo, ella no

era menos que aquella mujer que tenía enfrente. Por ser camarera no tenía que acobardarse ante ella.

—Le agradecería que abandonara el establecimiento —respondió Abigail sin apartar su mirada de ella.

Aquella mujer no le respondió, simplemente le lanzó una mirada cargada de odio antes de darse media vuelta y abandonar finalmente el salón. En ese momento, cuando Abigail vio que abandonaba el restaurante, algo dentro de ella se relajó. Había vivido una situación muy tensa y por sus circunstancias personales no se encontraba al cien por cien para enfrentarse a ella. Tras comprobar que todas las mesas de las que ella estaba al cargo se encontraban convenientemente atendidas, salió del restaurante y se dirigió a la terraza que se encontraba en el lateral. Una vez en ella se agarró a la barandilla mientras miraba al frente, sin fijar su vista en el paisaje. Sus ojos estaban mirando el entorno pero su mente se encontraba a kilómetros de distancia de allí. En aquellos momentos le hubiera gustado gritar, sacar de su interior toda la ira que llevaba acumulada dentro, no por las palabras que le había dedicado aquella mujer, sino por el cúmulo de sentimientos que ebullicían y se arremolinaban en su interior. En cualquier otra situación aquella escena no le hubiera afectado, pero tras lo que había vivido aquel fin de semana sentía que estaba a punto de perder los papeles. La persona en la que más confiaba, a la que más amaba, a la que aún seguía amando, le había traicionado de la forma más vil posible. En unas horas tenía que regresar a Madrid y enfrentarse a lo que se encontraría a su regreso. Aquello le aterraba y no sabía como podría enfrentarse a ello. Pero fuera como fuese, tenía que coger el toros por los cuernos y continuar con su vida. Aquello solo era un bache, no era el fin del mundo.

Abigail estaba tan absorta en sus pensamientos que no escuchó aproximarse a Maria hasta que esta al hablarle le sobresaltó.

—No sé de donde has sacado ese coraje para enfrentarte de ese modo a esa mujer —le dijo la mujer mientras se ponía a su lado y le tocaba el hombro de forma reconfortante—. ¿Sabes quién era uno de esos comensales? —Abigail le respondió simplemente negando con su cabeza—. El actor César Robles.

—Anda ya, eso es imposible. ¿Qué iba a hacer aquí un hombre como él? —Maria le enseñó su móvil con fotos del actor y efectivamente se trataba del hombre al que había atendido ella misma en el restaurante. El hombre de la camisa entreabierta era el actor más sexy del momento y lo había tenido a escasos centímetros de ella—. ¿Y qué haría él por aquí?

—Supongo que lo mismo que muchos de los que están hoy aquí, turistar.

—Si tú lo dices...

Capítulo 7

En ocasiones, para ayudarte a comenzar una nueva etapa en tu vida, debes poner todas las circunstancias que te preocupan y ocupan mayoritariamente tu mente en perspectiva y analizarlas fríamente tras un tiempo en barbecho.

En caliente nuestra mente es una ebullición de emociones que se amplifican exponencialmente. Una pequeña circunstancia sin importancia, en un momento concreto, puede hacernos explotar. Pero con el tiempo, cuando las aguas comienzan a calmarse, la ira desaparece y con ella ese géiser de sensaciones. Es entonces cuando eres capaz de analizar el hecho de otra manera, sereno, relajado, calmado.

Decidí hace tres meses, tras lo que me ocurrió, coger perspectiva regresando a mi pueblo natal, alejándome de todo aquello que me causaba dolor e intentar reconstruirme en un lugar agradable para mi, rodeada de personas que me quieren.

La vida en ese lugar es completamente diferente. Aquí el tiempo transcurre de otra manera. Los tiempos no tienen nada que ver. Yo estaba acostumbrada a ir siempre de un lugar a otro corriendo, con prisas. En cambio el estrés y este lugar no van de la mano, todo lo contrario, aquí la vida es más pausada. Es llegar a este entorno, ver el paisaje y es como si tu propio cerebro encontrara un estado diferente. No me he recuperado aún de mi estado emocional, pero comienzo a volver a ser yo misma y sobre todo no pienso en él todo el día, no está en mi pensamiento de continuo, no me castigo mentalmente rememorando todos esos hechos que me hacen daño una y otra vez. Eso ya es un paso gigante para recuperar mi vida.

Tras gastar mis vacaciones, decidí tomarme una excedencia. Podía sobrellevar encontrármelo a él, pero no a los dos, no en el trabajo y menos tener que coincidir con ambos en algún turno laboral, cosa que podía ser perfectamente factible. Imaginaros tener que trabajar con los dos, codo a codo, controlando ese volcán de emociones. Me negaba a hacerlo y más teniendo que estar al cien por cien para ejecutar bien mi trabajo. No podía permitirme el lujo de cometer un fallo por un problema personal. Soy una firme defensora de que los problemas personales no pueden afectar a tu entorno laboral, lo que ocurre en casa, debe de quedar en casa. Pero ahora me encontraba en una encrucijada que debía solventar. No podía permitirme un fallo laboral, me auto castigaría eternamente por ello. Por eso decidí poner tierra de por medio durante un tiempo, recuperarme de mis heridas y cuando ya estuviera curada, recuperar mi vida.

Mi vida había dado un giro de ciento ochenta grados en un abrir y cerrar de ojos. Ahora me levanto cada mañana y camino tranquilamente por el campo, lejos de los ruidos urbanos, solo oyendo el trinar de los pájaros. Es una experiencia que día tras día valoro y aprecio más. Es realmente reparador para mi sentir ese silencio, embeberme de esa falta de sonidos que este lugar me aporta. Ello ayuda en gran medida a relajarme y poco a poco a reconstruir mi maltrecho interior emocional.

Antes de desayunar hago cada mañana el mismo ritual, para mi sanador. Me levanto pronto y justo con los primeros rayos de sol guío mis pasos a mi destino favorito, a mi rincón favorito de este planeta, a mi pequeño gran tesoro que guardo con recelo para mi. Para llegar a él antes debo caminar un largo trecho que me se de memoria, un recorrido que podría hacer con los ojos cerrados. La alborada es la luz que utilizo para llegar a este lugar tan especial y reparador para mi.

Cruzo un campo de hierba alta salpicado de bellas amapolas. Me gusta sentir el tacto de la hierba en las yemas de mis dedos. La rozo suavemente y ese pequeño contacto con mi piel enciende en mi interior una sensación reconfortante y bella. Para enfatizarla aún mas, me atrevo a caminar durante un rato con los ojos cerrados, embebiéndome de cada una de las sensaciones agradables que estoy sintiendo en ese momento.

Abandono el campo de amapolas y me interno en un frondoso bosque de hayas, hayas de diferentes edades crecen en el lugar confiriendo al entorno un aire místico. De pequeña creía que un grupo de hadas habitaba este entorno, seres de una belleza inimaginable que nunca se mezclaba con los humanos. Durante años había recorrido aquel lugar en busca que aquellos seres mitológicos. En una de esas excursiones encontré mi lugar favorito en la tierra, un entorno que nadie se imaginaría poder encontrar allí.

Tras un largo tiempo recorriendo el bosque, llego al límite de un claro que guarda un paraje único en belleza. Ante mi se abre una zona despejada en la que se encuentra un pequeño lago alimentado de una preciosa cascada. La luz del inicio de la mañana entra en el lugar tímidamente confiriendo una encanto sin igual al emplazamiento.

Cuando regresé a Madrid, hace tres meses, después de un corta huida de un fin de semana, creí que podría continuar con mi vida a mi vuelta. Pero fui muy ingenua imaginando eso. La inocente de mi pensó que un breve fin de semana fuera, en un entorno querido para mi como era mi pueblo natal, me ayudaría a llegar a mi casa y retomar mi vida donde la había dejado. Así de fácil, así de sencillo, que ilusa fui. Pero la película que construimos en nuestra mente, rara vez se asemeja a la realidad porque no contamos con la actuación de agentes externos que desbaratan

nuestra quimera.

Me embebo de la belleza que se presenta ante mis ojos, de lo idílico que es ese lugar. Respiro profundamente mientras cierro mis ojos y levanto mi cara dejando que unos tímidos rалlos de sol bañen mi rostro. Solo el tímido ruido de la naturaleza me acompaña, escucho varios pájaros cantar. Estoy sola con la naturaleza y eso me relaja.

Una vez más viene a mi cabeza el recuerdo que me llevó hasta allí, que fue lo que me encontré cuando regresé a mi casa tras un breve fin de semana en mi pueblo natal. Tras unas horas en coche llegué a mi hogar. Temía la explosión de emociones al entrar en la casa que había compartido con Óscar, lugar que acumulaba un montón de recuerdos excepcionales con él. Esperaba enfrentarme a la situación sola, no esperaba que él estuviera allí como bien le había pedido en la nota que le había dejado. Esperaba que me hubiera hecho caso, que hubiera aceptado lo que le había pedido.

Estacioné el coche en el garaje y me dirigí a la casa. Entré sin darme cuenta de lo que me esperaba en el interior y cuando llegué al salón me encontré con una escena romántica. El salón estaba iluminado gracias a un montón de velas estratégicamente colocadas en el lugar y el suelo estaba cubierto de pétalos de rosas. Él me esperaba al lado de la mesa del salón, que se encontraba hermosamente decorada, con una rosa entre sus manos. Al verme dudo si acercarse a mi, parecía temer mi reacción.

En ese momento me quedé congelada. No esperaba esa acción viniendo de su parte, no esperaba que él hiciera eso para intentar recuperarme. A diferencia de lo que pensaba mi cabeza, mi corazón se enterneció con esa escena, pero intenté no exteriorizarlo. Simplemente me quedé parada examinando el salón mientras era observada atentamente por él.

Estaba guapísimo. Mi cerebro luchaba en contra de las fervientes ganas que tenía mi cuerpo de abrazarlo y besarlo. Necesitaba tanto tenerlo cerca de mi. Aguantarme me estaba costando más esfuerzo del que pensaba.

—¿Qué haces aquí, Óscar? Creí haberte dicho que abandonarás esta casa. No podemos continuar viviendo bajo el mismo techo.

Él se acercó a mi lentamente, como si tuviera miedo de la reacción que pudiera tener. Yo simplemente le miraba fijamente a los ojos y él me devolvía la mirada mientras poco a poco se aproximaba a mi. Cuando se encontró a un escaso metro de distancia, me tendió la rosa en silencio, esperando pacientemente que la recogiera, sin forzar la situación. Tras un tiempo dudando en que hacer, finalmente acepté la rosa. Nuestros dedos se tocaron por un instante, suficiente para que una descarga eléctrica recorriera mi cuerpo. La lucha dentro de mi se hizo mas intensa, tuve que esforzarme, si cabe aún más, para no abrazarlos y fundirnos en un

apasionado beso. Pero mi parte cerebral era pétrea y fue capaz de atar en corto a mi parte emocional.

—Se que es pronto para que me perdones —comenzó a decir Óscar mirándome a los ojos—, pero me esforzaré para ganarme tu perdón. Lo que ocurrió fue un error —analizó mi cara de repulsa—, un error imperdonable del que me arrepiento profundamente. —Óscar me cogió de las manos, yo en lugar de repeler su tacto, me quedé inmóvil mirando nuestras manos entrelazadas—. Abigail, yo solamente te amo a ti —decía aquellas palabras mirándome a los ojos, parecía arrepentido, parecía que lo decía con convencimiento—. Te compensaré por todo el daño que te he hecho, te lo prometo.

Yo no fui capaz de articular palabra, simplemente observaba la decoración del lugar. Se había esforzado mucho para arreglar el salón como lo había hecho. Debía haber dedicado varias horas para dejarlo todo como estaba. Sin darme cuenta me guió hacia la mesa, me senté y juntos disfrutamos de una exquisita cena romántica. Tras terminar de cenar una melodía comenzó a sonar a través del hilo musical y me invitó a bailar con él. Los dos nos encontrábamos bailando acurrucados, simplemente oyendo la música y el latir de nuestros acelerados corazones. Era reconfortante sentir su calor en mi cuerpo, sentir sus manos sobre mi espalda. Estábamos solos, él y yo.

Óscar había sido mi único gran amor. No sabía como podría continuar mi vida sin que él siguiera formando parte de ella. Echaría de menos sus bromas, sus pequeños arrebatos de histeria en las situaciones más rocambolescas, su graznido cuando cantaba en la ducha... Prácticamente había formado parte de toda mi vida. Si seguía esforzándose de ese modo en reconquistarme, estaría dispuesta a perdonarle. De hecho el talante ecuánime de mi parte cerebral comenzaba a resquebrajarse, lo seguía amando con locura, esa pasión no podía apagarse de la noche a la mañana.

Seguimos bailando acurrucados al son de la música y entonces me fijé en algo que había debajo del sofá. No conseguía discernir el objeto oscuro que se encontraba allí. Al principio decidí olvidarme de él, estaba muy a gusto bailando con Óscar, oliéndole, sintiéndole tan cerca de mi, sin hablar, simplemente sintiéndonos próximo el uno para el otro. Pero mientras nos seguimos moviendo, mis ojos volvían una y otra vez a ese misterioso objeto, como si un canto de sirena me atrajera hacía él, como si me incitara a descubrir de que se trataba. Esperé a que terminara la canción para cogerlo y averiguar de que se trataba. Una vez que vi que era, un torrente de emociones comenzó a nacer en mi interior.

No me podía creer lo que estaba ocurriendo. Me negaba a creer que aquel objeto se encontrara en aquel lugar. No podía entender como aquel hombre que había planeado y decorado el salón de aquella forma podía

haberme vuelto a apuñalar de la forma en que lo había hecho. Además se había atrevido a hacerlo en nuestra propia casa, el hogar que ambos habíamos comprado y tantos bellos recuerdos habíamos construido en ella. Aquel misterioso objeto oscuro era una braga y no era mía.

Óscar se dio cuenta de lo que había encontrado y de lo que aquello significaba. El color de su cara desapareció. Dentro de mí una lucha encarnizada de sentimientos comenzaba a fraguarse, ira, angustia... Todos se peleaban por salir al exterior. Óscar había tenido el coraje de acostarse con ella en nuestra casa y eso era un antes y un después en nuestra relación. Había traspasado una línea roja que no estaba dispuesta a tolerar. Perdonar que se hubiera acostado con una mujer en mi despacho delante de todos era algo difícil de perdonar, ¿pero hacerlo en nuestra casa? Era una falta de respeto hacía mi que no podía consentir.

No conseguía articular las palabras en aquel momento, el dolor por aquella traición me impedía hablar. Simplemente le miré, sin decir nada. A continuación volví a centrar mi mirada en la braga que se encontraban entre mis manos, me acerqué a él y se la entregué. Me había clavado un puñal mortal en el corazón. Le miré con los ojos vidriosos, rota por dentro por lo que aquel objeto significaba. Él no se atrevió a hablar. Tuvo la deferencia de no decir las típicas palabras vacías de contenido «No es lo que parece, puedo explicarlo». Cogió la braga y se marchó sin decir nada, en silencio, sin hacer ruido al cerrar la puerta tras su paso.

Una vez que la puerta se cerró y me quedé sola, la energía abandonó mi cuerpo repentinamente, perdí la fuerza en mis piernas y caí de rodillas sobre el suelo. El dolor inundó mi cuerpo y un llanto descontrolado brotó desde el interior más profundo de mi alma. Apenas unos minutos antes estaba dispuesta a perdonarle y ahora me encontraba tocada y hundida. Había sido traicionada de la forma más vil posible.

Al día siguiente me desperté en el suelo del salón sobre una cama de pétalos de rosas, pétalos que él había colocado ahí. Estaba exhausta, simplemente había dormido unos minutos por agotamiento. Había estado llorando y auto castigándome toda la noche. No estaba bien anímicamente, la situación me estaba superando y ni siquiera en mi propia casa podía estar tranquila. Imágenes de Óscar y esa mujer retozando venían una y otra vez a mi mente. Ahora no solamente los veía en el escritorio de mi despacho, también los imaginaba acostándose en cada una de las partes de mi casa, en el salón, en nuestro dormitorio, en el baño... Decidí que no podía continuar en aquel sitio por más tiempo, sentía que una crisis de ansiedad podía apoderarse de mi si no abandonaba aquel lugar.

Tras asearme un poco me dirigí al hospital. En aquellas condiciones no podía ejecutar bien mi trabajo porque no me encontraba al cien por cien. No podía permitirme cometer errores. Necesitaba tomarme unas

vacaciones para recuperarme anímicamente. En esas condiciones era un peligro para mí y sobre todo para mis pacientes. Al principio al director del hospital no le hizo gracia que me fuera de mi puesto sin antes haber organizado mi agenda, pero finalmente entendió que era una situación crítica. A él también le había llegado la noticia de la escena ocurrida en mi despacho hacía unos días, por lo que comprendía lo que podía estar pasándome aunque desconocía la segunda parte de la historia. El hospital intentaría mitigar mi falta todo el tiempo que necesitara aunque fuera difícil ya que había gente que acudía allí precisamente para que yo les operara.

Tras recoger algunas cosas, abandoné el hospital y desde allí me dirigí a mi pueblo para intentar recuperarme anímicamente y volver a ser la que fui. Durante todo este tiempo Óscar tuvo la deferencia de no intentar ponerse en contacto conmigo, no me llamó, no intentó buscarme.

Ahora me encontraba observando mi lugar favorito y luchaba por volver a ser feliz. Me desvestí despacio y coloqué mi ropa a la vera de un árbol perfectamente doblada. El tacto de la hierba en mis pies era una sensación que me relajaba. Poco a poco me acercaba a la orilla del pequeño lago, se podría catalogar mejor de charca. Toqué con la punta de los dedos de mis pies el agua, estaba helada, algo normal ya que aquella agua provenía del deshielo de la nieve de las montañas próximas. Tras un momento de meditación, me tiré con decisión de cabeza al agua. Una sensación de frío y a la vez de paz recorrió mi cuerpo cuando me introduje en ella. Llevaba tres meses de proceso y aunque ya comenzaba a ver vestigios de luz al final del túnel, todavía quedaba tiempo para estar completamente recuperada. Iba por el buen camino. Recordar lo que ocurrió hace tres meses no me hace tanto daño, las heridas comenzaban a sanar.